

Selección TERROR

EL BEBEDIZO INFERNAL

Adam Surray

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

SELECCION

TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

445 — *Compradoras de vidas*, **Clark Carrados.**
446 — *No olvidéis llevarme flores,* **Lou Carrigan.**
447 — *Se bañaba en sangre,* **Ada Coretti.**
448 — *La espantosa muñeca,* **Curtis Garland.**
449 — *Una puerta siempre abierta,* **Clark Carrados.**

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 27.389-1981
Impreso en España - Printed in Spain
1.a edición: octubre, 1981

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor,, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera,** S. **A.** Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1981

CAPÍTULO PRIMERO

Keith Murphy llevó nuevamente el gollete de la botella a los labios. Un largo trago de whisky.

Le hubiera gustado emborracharse hasta perder el conocimiento y así olvidarse del lugar en que se encontraba; pero aquello resultaba difícil. En primer lugar estaban los tambores. Resonando incansables. Luego los gritos de aquellos salvajes. Y por último, el infernal calor.

Un insoportable calor que hacía incluso repudiar el whisky. Keith Murphy depositó la botella sobre el camastro.

Encendió un cigarrillo aproximándose a la puerta de la choza. Apartó la tosca cortina. Desde allí se contemplaba la circular explanada del poblado.

Pudo ver parte del espectáculo.

Los tambores sonando sin cesar. Junto a la cabaña del jefe. Distante del centro de la explanada. Los hombres de la tribu no podían presenciar la ceremonia. Era tabú para ellos.

El ritual iba a ser realizado por cuatro ancianas del poblado. Expertas en el asunto.

La infortunada muchacha ya había sido inmovilizada sobre el suelo. Las piernas separadas brutalmente.

La ceremonia de la excisión iba a iniciarse. Normal mente el ritual para la clitoridotomía se realizaba cada cuatro o cinco años o bien cuando el número de candidatas era lo suficiente elevado.

Aquel día se iba a hacer una excepción. Se pagaba en dólares.

Kalim Shalam, el guía del safari, había convencido al jefe del poblado para que autorizara la ceremonia.

Sí.

Hasta los salvajes del África Negra bailan y tocan el tambor al son del dios dólar.

Para complacer la morbosa curiosidad de un reducido grupo de turistas. De seis jovenzuelos ávidos de emociones fuertes. Y en honor de ellos, por privilegio del dios Dólar, una joven indígena de catorce años iba a ser sometida a la cruel excisión. Una chiquilla negra de puntiagudos senos y cuerpo grácil. Sus gritos de miedo eran ahogados por las risas y cantos de las cuatro ancianas.

Los curiosos que habían pagado por el espectáculo tenían ya las cámaras fotográficas preparadas. Dispuestos a plasmar las escenas más interesantes.

Keith Murphy arrojó el cigarrillo.

—Bastardos...

Su voz, aunque apenas audible, sí fue captada por Kalim Shalam que permanecía a poca distancia de la choza.

Shalam era un negro de atlética complexión. Extremadamente alto. Fuerte. Un individuo ya nacido y criado al margen de aquellas tribus semisalvajes. Acostumbrado al vivir europeo de Nairobi.

Giró hacia Keith Murphy.

Sonrió mostrando su nívea dentadura que destacaba poderosa sobre su negra piel.

—¿Qué le ocurre, señor Murphy? ¿No se aproxima a presenciar el espectáculo?

—No, gracias. Soy de estómago delicado. Kalim Shalam rió ahora a carcajadas.

—¿Sabe una cosa, señor Murphy? Al principio también yo me impresionaba, pero a fuerza de verlo una y otra vez ya no me inquieta, incluso llega a ser algo aburrido para mí.

—Supongo que organizas este show en cada safari.

—Es lo que quiere el turista. No sólo cazar, sino recrearse en las primitivas costumbres del África Negra.

—¿Primitivas costumbres? De seguro ya han sido desterradas. Ahora sólo motivadas por el dinero.

Shalam chasqueó la lengua a la vez que movía la cabeza de un lado a otro.

—Se equivoca, señor Murphy. Por supuesto que esto de ahora ha sido provocado por unos cuantos dólares; pero cada periodo de tiempo, cuando un grupo de muchachas acusan la aparición del vello puberal, son sometidas a la ceremonia de la excisión. Al igual que todo adolescente se somete a la circuncisión para poder ser llamado hombre. Los gritos de la joven indígena eran ahora desgarradores.

Murphy hizo una mueca.

—Y esos bastardos fotografiando...

—No les culpe, señor Murphy. Son los que pagan.

Y el espectáculo es en verdad algo único. Ahora las ancianas están aplicando una ortiga al clítoris de la joven para alargarlo y así poder atraparlo con una pinza y cortarlo. Es el método más utilizado por las tribus de Kenia. Otros poblados proceden a la cauterización en vez del corte mediante tizones ardientes aplicados al clítoris.

La ceremonia parecía haber terminado.

Una de las viejas mostraba algo sanguinolento en su diestra.

Sin embargo volvieron a inclinarse sobre la infortunada muchacha. Y los gritos de ésta fueron ahora espeluznantes. Ni las exclamaciones y cantos de ías ancianas, ni el retumbar de los tambores, lograban eclipsarlos.

—¿Qué infiernos hacen ahora? Kalim Shalam sonrió.

—Infibulación. El señor Weathers ha pagado un extra para que la muchacha fuera también sometida a la infibulación. Esta es una práctica no tan extendida como la excisión. Repudiada por nuestro gobierno. Recientemente la Organización Mundial de ía Salud volvió a denunciar a países como Somalia, Sudán, Etiopía, Togo..., Kenia; para que se prohibiera toda practica de la infibulación por grave atentado a la salud física y mental de las muchachas africanas. Ciertamente no se ha hecho mucho caso. Las costumbres ancestrales difícilmente pueden ser desterradas. Para muchas tribus es rito obligado. Una garantía de la fidelidad de la mujer. Concluida la clitoridotomía, se unen los grandes labios de la muchacha con un anillo o bien mediante una costura que cortará el marido en la noche de bodas. El África Negra sigue sumida en las sombras de la superstición, la hechicería, la magia, los ritos de nuestros antepasados...

Un sobrecogedor alarido de dolor hizo enmudecer a Shalam. Sonrió.

Cuando quiso nuevamente dialogar con Keith Murphy, éste había girado sobre sus talones penetrando en la choza.

En busca de la botella de whisky. Bebió largamente.

Y comenzó a maldecir como un poseso.

Keith Murphy, investigador privado de Manhattan, uno de los mejores de Nueva York, deambulando como un idiota por Kenia. Acompañando a un grupo de jovenzuelos consentidos y forrados de dólares. Haciendo de niñera de ellos.

De su confortable apartamento de Manhattan a una cabaña de Kenia. Sí.

En el fondo aquello tenía gracia.

Si alguien le hubiera profetizado semejante cosa le habría saltado los dientes de un trallazo; y sin embargo allí estaba.

Haciendo de niñera.

También él, el implacable Keith Murphy, se había prostituido por un buen puñado de dólares. Cierto que últimamente no le salía ningún otro trabajo. Y las deudas, el mantener su apartamento y despacho de Manhattan, se habían ido acumulando.

Por eso aceptó.

Proteger al joven Ralph Weathers y a sus acompañantes durante el safari a Kenia. Hacer de guardián del grupo. Cuidar de ellos para que no les mordiera un cocodrilo.

—¡Maldita sea...!

Murphy volvió a beber un trago de whisky. Terminaría por enloquecer.

El odiaba la caza de fieras. No sentía placer alguno en matar

bichos. En Manhattan, en aquella infernal jungla de asfalto, sí se había enfrentado a fieras salvajes. Fieras que le apuntaban con una Magnum.

Allí era diferente.

¿Qué diablos le había hecho un pacífico y aburrido león de las reservas de Kenia? Los primeros días en Nairobi sí fueron divertidos.

Como en casa.

Nairobi, capital de Kenia y tercera ciudad de Africa. Plagada de night-clubs, lujosos restaurantes, boutiques y cinemas. A todo confort. Una ciudad moderna. Europea. Diseñada para albergar al turista podrido de dólares.

A pocos pasos de la ciudad los animales salvajes del Parque Zoológico Nacional. Un poco más distante la reserva de Mara, al cobijo del sobrecogedor Monte Kenia. La segunda montaña del continente. En aquella extensa y paradisíaca reserva había familias de leones, gigantescas manadas de ñus, gacelas, búfalos, jirafas, leopardos, rinocerontes...

Sí.

Todo un paraíso.

Aunque también estaba aquel calor. Los mosquitos. Las peligrosas serpientes...

Lo bueno hubiera sido mantenerse en Nairobi y no alejarse de la moderna ciudad. La culpa fue de Ralph Weathers.

El anfitrión de aquel maldito safari.

Ralph Weathers quería emociones fuertes. Cazar fuera de las reservas autorizadas. Aventurarse en poblados al margen del itinerario oficial. Presenciar ceremonias prohibidas.

Y allí estaban.

En el poblado de los malys.

Fotografiando la espeluznante clitoridotomía e infibulación de una chiquilla indígena. Keith Murphy se dejó caer en el camastro. Con la botella de whisky al alcance de la mano.

Cerró los ojos.

El rostro perlado de diminutas, gotas de sudor.

Los tambores continuaban frenéticos, los cantos de las viejas, los alaridos de la muchacha...

La tosca tela que protegía la entrada a la cabaña se deslizó para permitir el paso de Sharon Down.

Una de las componentes del grupo de turistas.

Keith Murphy, aunque detectó la momentánea claridad que inundó la choza, no se molestó en abrir los ojos.

—¿Quién eres?

—Hola, Keith. Soy Sharon.

Murphy sí se decidió por abrir los ojos. Valía la pena hacerlo.

Sharon Down. Dieciocho años de edad. Hija de Jerry Down. Rey del Vidrio en Nueva York. Todo cristal de calidad salía de las fábricas de Jerry Down.

Y Sharon también era de calidad.

Rostro de sensual belleza. Provocativa. Con el pelo recogido y encasquetado bajo el sombrero de fieltro. Resaltando su frágil cuello de cisne. La blusa marcaba surcos de sudor en las axilas y en los senos. Un ancho cinturón acentuaba su cimbreante cintura. Los pantalones embutidos en botas de altas cañas modelaban sus caderas y las medias lunas de su prominente trasero.

—¿Qué haces aquí, Sharon? ¿Ya te aburría el espectáculo? La muchacha sonrió a la vez que ahogaba un suspiro.

Sus juveniles senos presionaron sobre la blusa.

Se aproximó para sentarse al borde del camastro. Dirigiendo una intensa mirada a Murphy.

—Imposible aburrirse, Keith. Ha sido una ceremonia alucinante. Sangrienta y cruel, pero así es la misteriosa Africa Negra. Pobre muchacha... Fui incapaz de presenciarlo hasta el final. ¿Sabes lo que le han hecho?

—No me interesa. Yo estoy aquí para proteger a la expedición de cualquier peligro físico. El que alimentéis vuestro morbo y el emponzoñar la mente es cosa que no me incumbe.

—¿Eres un moralista, Keith?

La muchacha formuló la pregunta a la vez que deslizaba su diestra por el desnudo tórax de Murphy.

Acariciadora.

—¡Oh, sí! Y pertenezco a los boy scouts —Murphy apartó la mano femenina para seguidamente tomar la botella de whisky—. ¿Por qué no me dejas en paz, muñeca? Lárgate.

—Estás borracho.

Los finos labios de Murphy esbozaron una sonrisa. Eso es lo que deseaba.

Emborracharse.

—No, nena. No estoy borracho. No consigo emborracharme.

—¿De veras? Entonces no te comprendo. Sólo un borracho o un loco rechazaría mis paridas.

Murphy entornó los ojos. Fijos en Sharon.

Y la muchacha comenzó a desabotonarse lentamente la blusa. Con un lascivo brillo en los ojos. Con un sensual mohín en sus carnoso labios.

—Hace calor; ¿verdad, Keith?

—Será mejor que te largues.

—Me gustas, Keith. Desde que salimos de Nueva York me

percaté de que tú eras diferente. Distinto a Ralph, Patrick o Jason. Tú eres un verdadero hombre.

—Y tú eres una niña mimada y caprichosa que cree que puede poseer todo cuanto ambiciona con solo chasquear los dedos. Cualquier deseo puede ser realizado, ¿no es cierto?

Sharon rió divertida.

—¿Una niña, Keith? ¿Crees en verdad que soy una niña?

Sharon desabotonó por completo la blusa. Al abrirla quedaron al descubierto sus juveniles senos. Sus turgentes pechos húmedos por el sudor. Con erectos pezones apuntando desafiantes.

Keith Murphy no pareció impresionarse.

Sólo sus ojos acusaron un brillo burlón acentuado por una sonrisa.

—Okay, Sharon. Puede que no te consideres una niña, aunque para mí sí lo eres. La muchacha rió en cantarina carcajada.

Algo nerviosa.

Molesta por la indiferencia de Murphy.

—¿Qué eres tú, Keith? ¿Un viejo?

—Tal vez.

Los ojos de la joven recorrieron devoradores a Murphy. No.

No era un viejo.

Al menos físicamente.

Keith Murphy contaba treinta años de edad. Pelo oscuro, frente despejada, nariz perfilada, labios finos en sempiterno rictus, mandíbula firme... Unas facciones duras. Sólo suavizadas por el cínico brillo de sus grises ojos.

Delgado. De movimientos felinos. Una agilidad latente en aquellos músculos de hombros y tórax que Sharon se dispuso de nuevo a acariciar.

—Me gustas, Keith...

—¿Qué te ocurre, nena? ¿El calor o el espectáculo que acabas de presenciar? Lárgate y déjame en paz. Soy vuestra niñera. No quiero ocasionarme problemas. Ya estoy bastante arrepentido de esta maldita expedición.

Los ojos de Sharon pasaron de la pasión a la ira. Destellaron.

—¿Quién..., quién te has creído que eres? ¡Basura! ¡Eso es lo que eres! ¡Basura! ¡Un sucio detective privado!

Murphy se incorporó ahogando un bostezo.

Su bota derecha tropezó con la botella de whisky volcando el poco líquido que quedaba en el recipiente.

--Maldita sea... Ese whisky valía más que tú, Sharon. Aquello fue ya demasiado para la orgullosa Sharon Down. Su diestra abofeteó la mejilla de Murphy.

Fue un golpe con acuse de recibo inmediato. Y con intereses. Keith Murphy le soltó un revés con la zurda. Como si espantara una de las numerosas moscas que sobrevolaban por el interior de la cabaña.

Aunque la violencia del impacto proyectó a Sharon hacia el camastro rebotando seguidamente sobre el suelo.

En el rostro de la muchacha, más que dolor físico, se acusaba una mueca de incredulidad.

—Me..., me has pegado... a mí... Murphy no se dignó a responder.

Tomando el cinturón canana y el sombrero abandonó la choza. Justo en el momento en que Kalim Shalam se aproximaba a grandes zancadas.

—¡Eh, señor Murphy! Nos vamos.

—¿Ahora? ¿A pleno sol?

Kalim Shalam mostró una vez más sus niveos dientes en amplia sonrisa.

—Ordenes del señor Weathers. Aquí ya ha terminado el espectáculo. Quiere cazar alguna fiera antes de regresar definitivamente a Nairobi. Ya han acudido todos hacia los jeep, aunque falta la señorita Down. No la localizo por ninguna parte.

—Yo me encargaré de avisarla.

Los ojos de Shalam brillaron maliciosos. Fijos en la choza.

—Comprendo, señor Murphy. Voy a empacar el resto del equipo y nos... El guía enmudeció.

Los ardientes rayos del sol, aquella cegadora luminosidad, se fue eclipsando paulatinamente. Como si la mano de un fantasmal gigante atrapara el disco del sol empujándolo hacia el interior de las nubes.

Todos los indígenas del poblado, hombres, mujeres y niños, corrieron a refugiarse en las cabañas.

—¿Qué ocurre, Kalim? —interrogó Murphy.

La sonrisa había desaparecido del rostro de Shalam.

Alzó la mirada. Contemplando aquel cielo, instantes antes azul y rutilante, ahora entoldado y gris.

Movió la cabeza de un lado a otro.

—No ..no lo sé, pero es un mal presagio. Keith Murphy esbozó una sonrisa.

Contempló burlonamente a Kalim Shalam. Esté, pese a desenvolverse en la moderna ciudad de Nairobi, parecía conservar las ancestrales supersticiones del Africa Negra.

Pero Keith Murphy se equivocaba.

Aquello era algo más que una superstición.

CAPITULO II

El primer jeep iba conducido por Kalim Shalam. A su lado se acomodaba Keith Murphy. En el asiento posterior, Ralph Weathers, Patrick Hooper y Katherine Sacks. Junto con parte del equipo. Cámaras fotográficas, cajas de munición, tiendas de campaña y víveres.

Un segundo Jeep, conducido por otro guía de color, transportaba al resto de la expedición. Jason Bottoms, Sharon Down y Edna Alien,

Los seis componentes del grupo excursionista. Los seis hijos de papá. Tres parejas forradas de dólares, acostumbradas a todo tipo de caprichos y a comer caliente todos los días.

Aquel safari por Kenia era el premio a la terminación, nada brillante por cierto, de estudios. Alguno de ellos, Patrick Hooper por ejemplo, había sido graduado ya con veintiocho años de edad.

En realidad eran media docena de inútiles. Así los catalogaba Keith Murphy.

Con un cierto rencor.

El había luchado muy duro y en solitario para salir de la miseria. Sin ayuda de nadie. Trabajando y estudiando desde la infancia. Colaborando con unos pocos dólares al hogar de una madre viuda y dos hijos más. Freddy y Judith. Los dos hermanos de Keith Murphy. Freddy murió tuberculoso. Judith violada y muerta a los catorce años de edad. Por una banda juvenil. Un sucedáneo de The Wild Angels. Una banda de salvajes de las muchas que pululan en las noches neoyorquinas.

Sí.

Keith Murphy logró salir de los barrios bajos de Manhattan, pero en solitario. Su madre y sus hermanos Freddy y Judith quedaron allí para siempre. Muertos. En el cementerio.

Sólo con su propio esfuerzo llegó Murphy a convertirse en abogado. Se especializó en criminología consiguiendo la licencia de investigador privado, y desde hacía cuatro años ejercía en un despacho de Manhattan. Con un bonito apartamento en Cotten Street. Todo ello logrado a pulso. Sin ayuda de nadie.

De ahí que Keith Murphy, a sus treinta años recién cumplidos, estaba envejecido. Curtido.

También las vicisitudes pasadas habían endurecido su corazón al máximo.

Y ahora, muy a su pesar, acompañaba a aquellos seis bastardos por tierras de Kenia. Para que nada malo les ocurriera. Todo por conseguir un buen puñado de dólares.

—¡Seguimos sin sol, maldita sea!

—¿De qué te quejas, Patrick? —rió Ralph Weathers, acariciando el cañón del potente rifle—. Es mejor así. El calor era sofocante.

Patrick Hooper contempló el cielo gris.

—No me gusta. Fue un cambio demasiado brusco. Del sol a las sombras...

—Puede que se trate del fin del mundo.

Todas las miradas se centraron en Katherine Sacks.

Incluido Kalim Shalam que, sin desatender la conducción del vehículo, ladeó la cabeza posando sus ojos en la muchacha.

Katherine era algo estúpida, pero se le disculpaba. Tenía otras virtudes que destacaban poderosamente haciendo olvidar sus torpes comentarios y nula conversación. Era como un diamante en bruto.

Su rostro, aun sin ser catalogado como bello, resultaba extraordinariamente atractivo. Enmarcado por pelirroja cabellera. Boca grande, de carnosos y devorado- res labios. Todo en Katherine era exuberante. Senos voluminosos, provocativas caderas...

A cada salto del jeep los pechos de Katherine se balanceaban libidinosos.

—Eres algo único, Katherine —rió Ralph Weathers—. El fin del mundo, ¿eh?

—¿Por qué no? Resulta muy extraño este súbito oscurecimiento del sol.

—¿Tú qué opinas, Kalim? ¿Son normales estos cambios? Shalam demoró unos instantes la respuesta.

—No, no lo son, señor Weathers. Y mi consejo es que emprendamos camino hacia Nairobi.

—Quiero cazar un león o cualquier otra fiera salvaje lejos de esas malditas reservas. No me importa que...

—¡Eh, Ralph! —exclamó Patrick Hooper—. ¡Mira aquello! ¡Es un leopardo!

A lo lejos, en dirección a la montaña que surgía tras el horizonte, corría veloz un animal semienvuelto en una nube de polvo arenoso.

—Es un lobo.

—No hay lobos en Africa —dijo Hooper, aunque no muy convencido—. Es un chacal o un leopardo.

Keith Murphy bostezó ruidosamente. Sin hacer comentario alguno.

Leopardo, chacal o gato; le importaba muy poco.

—¡Eh, Kalim! —exclamó Ralph Weathers, jubiloso—. Enfila

hacia las montañas. Vamos a cerrar el paso a ese extraño bicho.

Kalim Shalam pareció no oír la orden. Incluso aceleró alejándose.

—¡Maldita sea! —gritó ahora, Weathers—. ¿No me has oído, Kalim? ¡Hacia las rocas! Las manos de Shalam aferraron el volante.

Con fuerza.

—Es..., es un chacal, señor Weathers. Abundan mucho en Africa. Una pieza ínfima. Ningún cazador se dignaría a gastar una bala en un chacal.

—No es un chacal. Apuesto que es un lobo. ¿Hay lobos en Africa, Kalim? ¡Gira el volante, condenación! ¡Hacia la montaña!

Kalim Shalam terminó por obedecer. Con brusquedad.

Los ocupantes del jeep fueron zarandeados por el rápido giro del vehículo. Un pequeño grito brotó de Katherine. El jeep que iba detrás se vio sorprendido por la maniobra, aunque de inmediato siguió al vehículo.

En dirección a las altas montañas.

Patrick Hooper había sacado los prismáticos de la funda.

—Corre como un rayo. Apenas se le puede ver sin... ¡Dios!

—¿Qué te ocurre, Patrick? —inquirió Weathers. Hooper había soltado los prismáticos.

Pálido como un cadáver.

Ralph Weathers tomó los prismáticos, pero no llegó a tiempo de enfocar al animal. Este ya había alcanzado los peñascos y desaparecido veloz entre la montaña.

—¡Por todos los...! ¡Se nos escapó!

Kalim Shalam fue aminorando la marcha deteniéndose a unas doscientas yardas de las rocas. Peñascos alargados y fragosos. Con un aspecto fantasmal y tenebroso. El graznar de las aves resonaba por entre los desfiladeros rocosos con lastimero eco.

—¿Retrocedemos ya, señor Weathers? Cerca de aquí hay una buena zona de caza. Murphy entornó los ojos.

Fijos en Shalam.

El guía estaba asustado, nervioso...

—Sí, Kalim. Ya hemos perdido a ese lobo —suspiró Ralph Weathers—. ¡Eh, Patrick! ¿Te encuentras mal?

La palidez de Hooper seguía siendo cadavérica.

—No..., no era un lobo...

—De acuerdo, Patrick —dijo Weathers, con fastidio—. Un leopardo, un chacal... ¡Ya no importa! Le hemos perdido.

—Era un hombre..., un monstruo... Katherine rió estúpidamente.

—No digas eso, Patrick... Me asustas...

—Le he visto, Ralph... Le enfoqué con los prismáticos... Envuelto en polvo rojizo, pero pude contemplarle perfectamente... Corría a cuatro manos, un hombre de facciones monstruosas y recubierto por pelaje gris que...

—¡Vete al diablo!

—¡Juro que es cierto, Ralph! ¡Lo he visto!

Jason Bottoms llegó procedente del segundo jeep. Arrastrando los pies. Cansinamente. Lo característico en él.

Bottoms nació cansado. Contaba veintiséis años de edad. Un cuarto de siglo de vida parásita. Consentido desde la infancia a todo capricho. Marginado de todo esfuerzo laboral. Jason Bottoms sólo vivía para el placer. En su rostro, en sus vidriosos ojos, se delataba todo el vicio acumulado. Los placeres prohibidos, los más degenerados vicios, no tenían secreto para Bottoms.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué nos hemos detenido aquí?

—¿Llegaste a ver al animal que corría hacia la montaña, Jason? —preguntó Ralph Weathers, jocosamente—. ¿Qué crees que era?

Jason Bottoms se encogió de hombros.

—¡Yo qué sé! Era mucha la distancia y levantaba una nube de polvo. Puede que un chacal.

—Pues no, Jason. ¡Era un hombre lobo! —rió Weathers—. ¡Un hombre lobo que perseguía al conde Drácula! Eso es lo que asegura Patrick.

Bottoms hizo una mueca.

—No estoy para bromas, Ralph. ¿Por qué no regresamos a Nairobi? Estoy cansado de deambular por...

Jason Bottoms enmudeció.

Parpadeó moviendo la cabeza de un lado a otro.

Su perplejidad era compartida por todos los allí presentes. Sorprendidos por el súbito silencio originado. Los pájaros habían cesado de cantar en los árboles. Las aves de multicolor plumaje que graznaban por entre las rocas silenciaron en sus estridentes llamadas.

Un silencio irreal. Sobrecogedor.

—Algo ha alarmado a... De pronto apareció.

Saliendo por el estrecho paso de uno de los desfiladeros rocosos.

Una extraña comitiva. Encabezada por un indígena con la cabeza oculta tras una máscara roja. Caminaba semiencorvado. Apoyado en un bastón cuyo extremo era adornado por una calavera humana. Descalzo. Protegido tan solo por un taparrabos. Su negra piel, arrugada y sarmentosa, plagada de indescifrables tatuajes.

Tras él iban los cuatro negros portando las parihuelas. Y sobre la tabla una satánica imagen. Un ídolo que representaba a un animal con las patas delanteras erguidas y cabeza humana. Las orejas eran diminutos cuernos. Los ojos dos esferas de fuerte destello rojizo. El animal representado podía ser un chacal o un lobo. Con las patas delanteras engarfiadas. Aquel rostro de oscura arcilla, mitad hombre mitad chacal, estaba modelado con espeluznante realismo.

—Yatrakan... Yatrakan —susurró el guía del segundo jeep—. Yatrakan...

—¿Qué le ocurre a Hassym? —inquirió Weathers, al ver como el guía se arrojaba al suelo y hundía su rostro en la tierra—. ¿Se ha vuelto loco?

Kalim Shalam, apenas surgió la comitiva por entre las rocas, había girado con rapidez para evitar verla. El rostro bañado en sudor. Temblando convulsivo.

—Es... es... Yatrakan...

—¿Yatrakan? ¿Qué es eso?

—Quien contempla a Yatrakan es castigado —dijo Shalam, con trémula voz—. Yo yo había oído hablar de él. Muy pocos han conseguido ver a Yatrakan y a su hechicero. Es..., es el dios maligno del Africa Negra,. El dios más cruel de todos los espíritus del mal. Se alimenta de la violencia, de la maldad, de la sangre de la muerte.

Ralph Weathers rió en sonora carcajada.

Contempló desafiante a la imagen que era transportada en las parihuelas. Bordeando la montaña. El indígena que encabezaba la comitiva, el de la máscara roja, ni tan siquiera se había dignado mirar hacia los detenidos vehículos. Tampoco los cuatro portadores.

—Comprendo. Otra divinidad africana. ¡Maldita sea! Estamos a un paso del siglo XXI y aquí siguen adorando ídolos malignos.

Jason Bottoms también rió burlonamente.

Sólo Patrick Hooper permaneció con rostro ensombrecido: Aquella imagen portada en parihuelas era muy similar, por no decir idéntica, al monstruoso animal que viera correr hacia las montañas.

—¿Ya..., ya ha desaparecido? —interrogó Kalim Shalam, con su temblorosa voz—.

¿Puedo girar ya? Weathers volvió a reír.

Se le había ocurrido algo muy divertido.

Enfiló su potente rifle de caza encañonando a la siniestra figura de arcilla. Apuntó a la monstruosa cabeza.

Ralph Weathers no era un buen tirador, pero dada la precisión

del rifle y la corta distancia, le resultó sencillo dar en el blanco.

El proyectil, capaz de derribar a un elefante, hizo saltar en pedazos la cabeza del ídolo y parte del tronco.

—¡Ya está, Kalim! —exclamó Weathers, muy ufano—. Ya puedes mirar a ese Yatrakan o como diablos se llame.

Keith Murphy encendió un cigarrillo.

—Ha cometido una estupidez, Weathers. Esos hombres nada le habían hecho. ¿Por qué destrozar su ídolo?

—¿Acaso les teme, Murphy? Si intentan algo contra nosotros... El temblor de Kalim Shalam casi hacía mover el jeep.

—¿Qué..., qué ha hecho?

—¡Maldito estúpido! —gritó Ralph Weathers, furioso—. ¡Ya basta de supersticiones! Weathers empujó violentamente al guía obligándole a girar el rostro hacia las rocas.

El impacto y estruendo del disparo había hecho que los cuatro portadores volcaran las parihuelas. El semidestruido ídolo cayó al suelo.

El indígena de la máscara roja estaba inmóvil.

Y así permaneció unos instantes.

Luego comenzó a caminar. Con lentitud. Hacia el jeep. A unas veinte yardas del vehículo se despojó de la máscara.

El rostro del anciano, ajado y seco, quedó al descubierto. También con profusión de tatuajes que se confundían con las marcadas arrugas. Cicatrices repulsivas y viscosas, aunque lo más alucinante eran sus ojos.

Sharon, Katherine y Edna no pudieron evitar leves gritos de horror y repulsión. Incluso Ralph Weathers se estremeció.

Keith Murphy descendió del jeep apoyando su diestra en la culata del revólver que pendía del cinturón canana.

Aunque el anciano parecía inofensivo, quería estar alerta. Le habían pagado para proteger a aquellos seis imbéciles.

Kalim Shalam, al igual que su compañero, se había arrojado al suelo sepultando el rostro en la arena. Yatrakan y su anciano hechicero eran tabú. No podían verle sin temor a ser castigados.

Y tampoco el anciano podía ver.

Las cuencas de sus ojos estaban vacías. Formando un horripilante boquete negruzco. Un rostro sin ojos.

Prosiguió su avance. Lento.

Apoyado en el bastón de la calavera.

Keith Murphy estaba en primer lugar. Frente al jeep. A su izquierda, algo más rezagado, Jason Bottoms. A su derecha se encontraba Ralph Weathers.

—Si intenta algo le vuelo la tapa de los sesos.

—Tranquilo, Weathers —replicó Murphy, secamente—. Baje el

rifle y basta de idioteces. Ya es suficiente con el error cometido.

El anciano siguió con su lento caminar. Cada movimiento hacía resaltar el viscoso relieve de los tatuajes.

Aquellas verdosas cicatrices parecía tener vida propia. Llegó junto a los tres hombres.

Se detuvo.

Las vacías cuencas de sus ojos se posaron primeramente en Keith Murphy. Luego en Jason Bottoms. Y por último en Ralph Weathers.

Fijamente.

Como si pudiera verles. Avanzó dos pasos.

Aproximándose a Ralph Weathers.

Extendió el bastón de forma que la calavera del extremo tocara en el pecho de Weathers.

La voz del anciano sonó ronca y gutural. En un perfecto inglés.

—La maldición de Yatrakan sobre ti.

CAPÍTULO III

Kalim Shalam vació el vaso de whisky riendo estúpidamente.

—No se sorprenda, señor Murphy... Todas las tribus de Kenia, los kikuyu, kamba, mandi, baluhya, nyjka... Todos temen y adoran al gran dios Yatrakan. ¡Toda Africa Negra teme a Yatrakan!

Keith Murphy volvió a llenarle el vaso de whisky.

—Los ignorantes, Kalim, pero tú eres un tipo inteligente. Te has criado en la ciudad. Fíjate... Estamos en uno de los salones sociales del mejor hotel de Nairobi. Aquí no hay chozas de adobe ni tabú.

Shalam llevó de nuevo el vaso a los labios. Nerviosamente.

—Se equivoca. Nairobi, Nakuru, Mombasa..., todas las ciudades de Kenia creen en el maligno poder de Yatrakan. Un dios cruel. Un dios que se ensaña con sus víctimas torturándolas hasta la muerte: Sometiéndolas a horribles suplicios que mente humana pueda imaginar. Sí, señor Murphy. Yo soy un hombre de ciudad. Por supuesto no creo en las danzas rituales para que el dios de la lluvia haga caer cántaros sobre la seca tierra ni en otras burdas supercherías. Se cuentan por cientos los dioses adorados por las tribus africanas. Unos son creados por los hechiceros del poblado para dominar mediante el terror a los indígenas. En esos dioses no creo, señor Murphy. Pero sí en Yatrakan.

—Háblame de él.

—¿De Yatrakan? —Shalam vació el vaso de un solo golpe. Sacudió la cabeza--. No, señor Murphy... Quiero vivir..., vivir sin ser dominado por los espíritus servidores de Yatrakan. Su poder se extiende sobre la faz de la Tierra... Tiene servidores en Nueva York. Sí, señor Murphy. En el corazón de Manhattan se adora a Yatrakan.

Keith Murphy esbozó una sonrisa.

Succionó el cigarrillo exhalando una bocanada de humo.

—Lo sé, Kalim. Es la moda. Sectas adoradoras del diablo proliferan por los Estados Unidos.

—Yatrakan es el más poderoso de los espíritus infernales. Llegó a Africa en un barco negrero. En la noche de las eternas sombras, sembrando el horror y la muerte... Mi padre me habló de Yatrakan, y el padre de mi padre... No es una leyenda. En las noches de las eternas sombras Yatrakan se convierte en chacal y se apodera de sus víctimas torturándolas hasta que enloquecen de dolor. Las mujeres son salvajemente violadas, los hombres mutilados... El sadismo y la violencia laten en Yatrakan. Muy pocos le conocen, muy pocos hablan de él...; pero todos le temen. Es

tabú.

—Uno más. Shalam asintió.

El mismo atrapó ahora la botella de whisky.

—Cierto. El Africa Negra está dominada por el tabú, pero Yatrakan...

—¡Eh, Murphy! —exclamó Ralph Weathers, desde la entrada al salón social—. ¡Nos vamos! ¡Y queremos que nuestra niñera nos acompañe!

Jason Bottoms, Patrick Hooper, Sharon..., todos rieron el comentario.

A excepción de Murphy.

Estuvo tentado de avanzar hacia Ralph Weathers y pisotearle las tripas, pero se dominó. Aquélla era la última noche en Kenia. Al día siguiente abandonaban Nairobi. Regresaban a Nueva York. Después de aquellas dos semanas no iba a estropearlo todo en el último día.

Se incorporó firmando el tiket de la consumición.

—Adiós, Kalim. Shalam no respondió.

Estaba de nuevo volcado sobre la botella de whisky.

Keith Murphy alcanzó al grupo ya fuera del hotel. Repartido en dos vehículos. Ralph Weathers le llamó desde el primer piso auto.

—¡Aquí, Murphy!

Ralph Weathers se situaba frente al volante. Edna Allen a su lado. Murphy hizo una mueca.

El bastardo de Weathers había sustituido a Katherine. Primero fue Sharon. Últimamente estaba con Katherine. Y ahora Edna. El grupo parecía fiel seguidor del cambio de pareja. La estupidez de Katherine resultaba en ocasiones divertida. Sharon con su incontrolable lascivia. Pero Edna Allen...

Edna estaba dominada por las drogas. Desayunaba con marihuana y cenaba con heroína. Keith Murphy sugirió racionarle las dosis, pero no le hicieron maldito caso.

Edna era una piltrafa humana.

—Vamos al Snake Club —dijo Weathers, iniciando la marcha del vehículo—. Me lo ha recomendado uno de los empleados del hotel. Dice que el espectáculo del club es auténtico porno duro.

—Maravilloso.

Ralph Weathers fijó la mirada en el espejo retrovisor. Contemplando a Murphy acomodado en el asiento trasero.

—¿Qué le ocurre, Murphy? ¿Cansado de no hacer nada?

—Echo de menos el bullicio de Manhattan.

—Esta es también una ciudad divertida —comentó Ralph Weathers—. Y sin la violencia de Nueva York. Aquí la gente honrada puede ir tranquilamente por las calles en plena noche.

Murphy arrugó instintivamente la nariz. La gente honrada... Aquello tenía gracia.

—¡ Eh, Murphy!

-¿Sí?

—¿Qué hacía hablando con Kalim Shalam? Ya hemos terminado todo trato con ese individuo. Le he abonado sus honorarios. Se comportó como una mujerzuela histérica durante el viaje de regreso a Nairobi.

—Le impresionó lo ocurrido, Weathers.

—También a mí —intervino Edna con pastosa voz. Con un fuerte brillo en los ojos—. Aquel viejo lleno de cicatrices, la calavera...

Ralph Weathers rió despectivo.

—Y la maldición de Yatrakan sobre mí. ¡Al diablo con todo eso! Kalim Shalam se ha comportado pésimamente y no quiero ninguna otra relación con él.

—No le estaba contratando —dijo Murphy, con una mueca de fastidio—. Simplemente conversaba con él. Ignoraba que era tabú.

Ralph Weathers apretó las mandíbulas. Consciente de la ironía de Murphy.

Terminó por reír a carcajadas.

—No voy a enfadarme en nuestra última noche en Nairobi. Tiene sentido del humor, Murphy. Usted sí ha cumplido con la misión que le fue encomendada. Silencioso, aburrido..., pero convincente.

Keith Murphy prefirió no hacer comentario alguno. Llegaron al Snake Club.

Un local no muy lujoso. Diferente a los elegantes nightclubs que proliferaban por Nairobi. Aquél era más bien un tugurio al estilo made in USA. Con grandes letreros en inglés a la entrada. Lógico, puesto que el inglés y el suahili eran los idiomas oficiales de Kenia.

La entrada al club era sinuosa. Por un alfombrado túnel que hacía honor al nombre del local.

Ralph Weathers, con ostentosa propina, solicitó la mejor de las mesas. Fue complacido. Los dólares hacen milagros.

Se unieron dos mesas próximas a la pista. El show ya había comenzado.

Estaba actuando una muchacha de color. Totalmente desnuda. En un frenético y lascivo baile. La danza duk-duk popular en muchas tribus de Kenia. Lujuriosos y rítmicos movimientos de caderas preludio del juego amoroso. La chica estaba sola en la pista. Su compañero para el número pornográfico iba a ser un cuerno de madera.

El resonar de los tambores fue en aumento.

Siguiendo con dificultad el ritmo de las caderas femeninas.

Multicolores focos de luz sobre la pista. Centrados sobre aquella diosa de ébano. Bañando el ondular de sus caderas, el cimbrear de su cintura, el sexual vaivén del vientre, el bambolear de los erectos y pletóricos senos...

Deslizó el cuerno de madera por entre los pechos, por su liso vientre, por entre los muslos...

Katherine dejó oír su risa estúpida. También Ralph Weathers se removió inquieto en el asiento. Impresionado, al igual que sus acompañantes, por el obsceno espectáculo incrementado al vertiginoso ritmo de los tambores.

Sólo Kaith Murphy parecía ajeno a aquella lujuria colectiva que parecía dominar a los presentes.

El show terminó.

La muchacha de color desapareció rápidamente de la pista. Premiada con fuertes aplausos.

Se encendieron las luces del local. No mucha iluminación, aunque sí la suficiente para captar una panorámica de la sala.

Todas las mesas ocupadas.

Y por muy pocos nativos.

En su mayoría turistas. Norteamericanos, ingleses, franceses... El hombre blanco dominado por el erotismo negro.

—Aún no hemos visto lo mejor —rió Weathers, nerviosamente—. Me han dicho que el número fuerte lo forman una pareja. Un hombre negro y una mujer blanca que...

—¿Un senegalés?

La pregunta de Katherine hizo brotar ruidosas carcajadas en la mesa. Keith Murphy se incorporó.

Empezaba a sentir deseos de vomitar.

—¡Eh, Murphy!

—Estaré en la barra.

Jason Bottoms chasqueó la lengua a la vez que movía la cabeza de un lado a otro.

Contemplando la marcha de Murphy.

—No me gusta, Ralph. Ese fulano no me resulta simpático. Fue un error hacernos acompañar por un guardaespaldas. Ya no somos niños.

—Ordenes de mi padre —dijo Ralph Weathers, encogiéndose de hombros—. Un guardaespaldas o no había safari. El tal Murphy no resulta molesto, aunque reconozco que es algo huraño. Sospecho que tampoco nosotros le somos simpáticos.

En el intervalo hasta la próxima atracción se inició una música de baile. Varias parejas salieron a la pista.

—¿Quién me saca a bailar?

La solicitud de Katherine no fue escuchada.

Weathers, Hooper y Bottoms estaban contemplando a la diosa de ébano.

La muchacha de color que había ejecutado la «danza del cuerno». Apareció por entre las mesas. Enfundada en un vestido de noche que se ceñía a su cuerpo como una segunda piel. Con un innato y provocativo ondular de caderas. Todas las seductoras curvas de su cuerpo vibraban a cada paso.

La mujer se acomodó en una mesa cercana.

Le fue servida una botella alargada. De cristal mate. Un recipiente ovalado y sin etiqueta.

—Por todos los... ¿Te has dado cuenta, Ralph? —sonrió Patrick Hooper, malicioso—. No te quita ojo de encima.

Sí.

Ralph Weathers se había percatado de ello.

Los ojos de la diosa de ébano estaban fijos en él. En intensa y provocativa mirada. Unos ojos de lujurioso brillo. Ni tan siquiera los apartó al llenar su vaso de un espeso líquido. Continuaron sobre Weathers. Al mojar sus labios en el líquido, unos labios carnosos y sen- suales, hizo un lúbrico mohín dedicado a Ralph Weathers.

—Tú eres racista; ¿verdad, Ralph? —dijo Bottoms, irónico—. Déjame ir a mí. Quiero invitarla a bailar.

Weathers retuvo a su amigo por el brazo.

—Tranquilo, Jason. La primera pieza es para mí. Ralph Weathers se incorporó.

Jactancioso.

Se aproximó a la mesa ocupada por la muchacha negra.

—Hola, nena. Me gustaría bailar contigo. La joven le miró intensamente.

Sus ojos, negros y profundos, adquirieron un súbito brillo. Un enigmático destello. Muy fugaz. Un brillo casi siniestro, aunque era desmentido por la sensual sonrisa que asomó a sus gordezuelos labios.

—¿Bailar? ¿Con un desconocido?

—Yo soy Ralph Weathers —dijo, muy animado por la invitadora sonrisa femenina—. Y tú eres Lyla, ¿no es cierto? He visto tu fotografía y nombre en el cartel de entrada al club. Ya nos conocemos.

La muchacha rió.

—Correcto. Soy Lyla. Siéntate, bebe conmigo y luego bailamos. ¿Te atreves a beber un poco de kashby? Un licor sacado de las misteriosas plantas de la selva. Sólo reservado a paladares especiales. Muy difícil de conseguir.

—Yo sí puedo, nena. Yo puedo conseguirlo todo.

—¿Con dólares?

Weathers asintió con una sonrisa de suficiencia.

—Ajá. Con dólares todo se consigue.

La mujer tomó el vaso. También de vidrio oscuro. Lo alzó para humedecer sus labios en el líquido. Luego empujó el vaso hacia Weathers.

—Bebe un poco, Ralph; aunque te advierto que es un líquido fuerte. Más que vuestro whisky. Dudo que puedas beber más de un trago.

Weathers rió a carcajadas. Atrapó el vaso.

Al ir a llevarlo a los labios interrumpió el iniciado ademán. Contempló el líquido. Un líquido espeso. Pastoso. De tono verdusco. Parecía humear.

Ralph Weathers estuvo tentado de rechazarlo, pero la burlona sonrisa de la mujer le hizo reaccionar. Bebió largamente. Hasta vaciar el vaso.

—Bien. Ya lo he...

La voz de Weathers se aflautó. Su rostro enrojeció a la vez que agrandaba los ojos. Aquel líquido le abrasaba en la garganta.

—¿Ocurre algo, Ralph? Weathers sacudió la cabeza. Casi con lágrimas en los ojos.

—¡Infiernos! Tenías razón, muñeca. Es fuego.

—Y yo soy peor que ese fuego, Ralph. No bailes conmigo. Te quemarías.

—Pero...

La muchacha se incorporó abandonando la mesa.

Ralph Weathers quedó unos instantes perplejo. Aturdido por aquella reacción de la mujer. Consciente de que era observado por sus compañeros, se levantó tomando la botella.

Retornó a su mesa. Sin dejar de sonreír.

—Mala suerte, amigos —dijo Weathers, ocupando su silla—. A la bella Lyla no se le permite bailar con los clientes, pero me ha regalado su botella de kashby para que me consuele. Tenéis que probarla. Es un líquido suave y dulzón. Vaciad los vasos en la jarra del agua.

—Yo aborrezco el dulce.

—Lo probarás, Jason. En honor de Lyla —rió Weathers, sirviendo los vasos de sus amigos—. Sólo probarlo.

Ralph Weathers no se sirvió.

Ya había tenido más que suficiente.

Rió al ver como Katherine se llevaba el vaso a los labios y lo vaciaba de un solo golpe.

—Pues si... —Katherine chasqueó la lengua—. Es muy suave.

Jason Bottoms, que también vació su vaso, hizo una mueca de repugnancia.

—Demasiado dulce, maldita sea. Ralph Weathers parpadeó.

Tomó su vaso para servirse una pequeña cantidad del viscoso líquido. Y al beberlo comprobó que, en efecto, tenía un sabor dulzón.

—No..., no comprendo...

—¿El qué, Ralph?

Weathers volvió a coger la ovalada botella. Llenó su vaso. El líquido, aunque verdoso, ya no era tan espeso. Ni tampoco parecía humear.

Sospechó que la tal Lyla le había echado algún picante en el vaso.

—Sucia negra... Maldita furcia...

—¿Se puede saber qué...?

—¡Nos vamos! —exclamó Ralph Weathers, incorporándose. Arrojó un puñado de dólares sobre la mesa—. ¡Este tugurio es nauseabundo!

Jason Bottoms y Patrick Hooper intercambiaron una mirada. Sin hacer comentario alguno.

Tampoco hablaron Sharon, Edna ni Katherine.

Estaban acostumbrados a las súbitas rabietas de Weathers. A sus cambios de humor bruscos. Incluso Keith Murphy, desde el mostrador del salón, no se sorprendió lo más mínimo por la precipitada salida del grupo.

Fue tras ellos.

Les alcanzó cuando Ralph Weathers ya abría la portezuela de uno de los autos.

—¿Qué le ocurre, Weathers?

El rostro de Ralph Weathers había adquirido una súbita palidez. Quedó con la boca entreabierta. Apoyado en la portezuela del vehículo.

Respondió con susurrante voz.

—No..., no puedo respirar...

—Pasadle al asiento trasero —indicó Murphy—. Regresaremos al hotel. Bottoms y Hooper le acomodaron en el asiento.

—Es el calor —dijo Katherine—. Este sofocante calor que hace faltar la respiración. Yo también...

—Tú cierra la boca —interrumpió Jason Bottoms, secamente —. Hablas demasiado. Acompáñanos tú, Sharon.

Keith Murphy se hizo cargo del volante. A su lado se situó Jason Bottoms.

En el asiento trasero Ralph Weathers y Sharon Down.

—Cada vez está más pálido... Está temblando...

—Quítale el cinturón y desabotónale la camisa, Sha- ron —ordenó Murphy—. De seguro no es nada importante. Alguna bajada de tensión.

En veloz recorrido llegaron al hotel.

Ralph Weathers, ya incapaz de dar un solo paso, fue conducido a su habitación en volandas.

Keith Murphy solicitó la presencia de un médico. Este compareció casi de inmediato en la habitación.

Ralph Weathers, sobre el lecho, apenas respiraba. La boca entreabierta.

Los ojos desorbitados...

El médico le examinó el pulso, el corazón... Abrió su maletín.

Cuando se incorporaba nuevamente sobre Weathers, hizo una mueca a la vez que movía lentamente la cabeza de un lado a otro.

Volvió a guardar el instrumental en el maletín. Giró hacia los allí reunidos.

—Lo lamento, pero ya es demasiado tarde. Ha muerto.

CAPITULO IV

Jason Bottoms detuvo su nervioso deambular por la estancia.

—¡Ya basta, maldita sea! ¡Deja de llorar, Katherine!

Katherine, en uno de los rincones de la habitación, acentuó su llanto ocultando el rostro entre las manos.

Patrick Hooper estaba junto al carro bar. Sirviéndose el enésimo vaso de whisky. Sharon en uno de los sillones que adornaban la habitación. Con las piernas cruzadas. Fumando un cigarrillo. Parecía la más tranquila. Al igual que Edna. Esta se había suministrado una dosis. De ahí su placentera calma.

Se abrió la puerta de la habitación para dar paso a Murphy.

—¿Y bien? —interrogó Bottoms. Keith Murphy avanzó hacia el lecho.

Ralph Weathers yacía con los ojos abiertos. Fijos en el techo. El rostro desencajado en extraña mueca.

La diestra de Murphy cerró aquellos desorbitados ojos.

—El médico ya ha informado a las autoridades sanitarias. De un momento a otro llegarán para conducir a Weathers al depósito de cadáveres.

—¿Le harán la autopsia?

—Es de suponer —replicó Murphy, encendiendo un cigarrillo —. El médico ha firmado el acta de defunción sin especificar las causas de la muerte, aunque aventurando un fallo cardíaco.

—¿Qué ha dicho Donald Weathers?

—Aún no he pedido comunicar con Nueva York. No sé qué infiernos ocurre con las líneas telefónicas, pero no se puede enlazar con los EE. UU. Cuando se reparen las líneas se me avisará.

Patrick Hooper mesó nerviosamente los cabellos.

—Me aterra la reacción del señor Weathers. Su único hijo... ¡Y la pobre señora Weathers!

—Todo ha sido tan rápido..., tan inesperado...

—La muerte jamás avisa, Jason —dijo Sharon, con voz carente de inflexión—, ¿Por qué Ralph iba a ser diferente? A todos nos llega la hora.

Katherine comenzó a gritar.

Un súbito y penetrante grito que sobresaltó a todos los allí presentes.

—¡Maldita sea! —vociferó Jason Bottoms—. ¿Qué diablos te ocurre? ¿Por qué has gritado?

Katherine mantenía la mirada fija en el cadáver. En la rígida mano derecha de Ralph Weathers.

—Se..., se ha movido...
—¿Se ha movido? ¿Quién?
—Le he visto, Jason... He visto cómo Ralph movía su mano derecha...
—¿Cómo la movía, Katherine? ¿Así?
Jason Bottoms proyectó su diestra propinando un violento trallazo al rostro de la muchacha.
—¡Es cierto! ¡Es cierto!
—¡Ya basta, Katherine! —Bottoms comenzó a zarandearla—. Han sido imaginaciones tuyas. Apuesto que también tú te has inyectado junto con Edna. No comprendes que ha sido una alucinación originada por...
—¡Le he visto!
Bottoms empujó a la joven.
—¡Llévatela, Patrick! Llévatela a su habitación y que no salga de... Ahora fue Sharon.
Un desgarrador grito de terror. Y Edna también gritó.
Ralph Weathers tenía los ojos abiertos. De nuevo desorbitados fijos en el techo. Con aquella macabra mueca desdibujando sus facciones.
—Por todos los...
—Estamos haciendo mucho ruido —dijo Murphy, con pausada voz. Con escalofriante indiferencia—. Pueden protestar los clientes del hotel. Que salgan las chicas. Son demasiado impresionables.
Patrick Hooper tragó saliva. Señaló el cadáver de Weathers.
—Pero..., pero... los ojos de Ralph...
—Nada de importancia ni sobrenatural —aseguró Murphy, pasando su mano derecha sobre los desorbitados ojos de Weathers—. Son reflejos de...
Ahora fue la zurda.
La mano izquierda de Ralph Weathers.
Todos pudieron ver cómo aquellos rígidos dedos se fueron engarfiando poco a poco arañando la tela de la sábana.
La sorpresa paralizó a los presentes. Ninguno se movió.
Y las muchachas, igualmente dominadas por el terror, fueron incapaces de gritar.
Ralph Weathers había vuelto a abrir los ojos. Hasta casi salirse de las órbitas. La mueca se fue acentuando en su rostro. También la mano derecha fue engar- fiándose.
Y comenzó a parpádear
Las desencajadas facciones se fueron suavizando.
Perdiendo rigidez. Entrabrió los labios a la vez que se incorporaba lentamente del lecho. Aquello ya fue demasiado.
Patrick Hooper reaccionó en primer lugar. Seguido de Jason

Bottoms. Y luego Sharon, Edna y Katherine. Todos corrieron hacia la puerta de la habitación gritando despavoridos.

Sólo Keith Murphy continuó inmóvil. Contemplando fijamente a Weathers. Y sus miradas se encontraron.

—¿Qué les ocurre, Murphy? —preguntó Weathers, con enronquecida voz—. ¿Por qué gritan?

Keith Murphy forzó una sonrisa.

—Nada de importancia, Weathers. Son unos histéricos. Nunca habían visto resucitar a un muerto.

* * *

Ralph Weathers descorchó la botella de champán. Comenzó a reír a carcajadas.

—Cada vez que lo recuerdo... El pobre doctor no sabía qué decir. Un paro cardíaco, muerte clínica...

—¿Y qué me dices de las autoridades sanitarias de Nairobi? —rió Bottoms—. ¿Dónde está el cadáver? ¡Queremos el cadáver!

Todos rieron ruidosamente.

—¡Eh, Murphy! —llamó Weathers—. ¡Aquí tiene su copa!

Keith Murphy, dos asientos más distante, denegó con un movimiento de cabeza a la vez que alzaba el libro que tenía entre las manos.

—Gracias, Weathers, pero el champán me hace cos- quillas en la nariz. Además, quiero terminar esta novela antes de que aterricemos en Nueva York.

Ralph Weathers se encogió de hombros. Llenó las copas de sus amigos.

Viajaban en un vuelo charter. En la lujosa sección President Special. Ya se había efectuado la escala programada y la próxima pista de aterrizaje sería la del John F. Kennedy de Nueva York.

—¡Por el resucitado Ralph Weathers! Edna no aceptó el brindis.

Dirigió una severa mirada a Weathers.

—Ciertas cosas no son para tomarlas a broma, Ralph. Se puede decir que has regresado de la muerte. ¿No te preocupa eso?

—¡Me hubiera preocupado al quedarme en el Más Allá! —rió nuevamente Weathers—.

¡Pero he regresado!

Katherine hizo un gracioso mohín mientras introducía el dedo índice en la copa de champán para seguidamente llevarlo a los lóbulos.

—Lo que sí debes hacerte es un chequeo médico en Nueva

York.

—¡Eh, amigos! —Ralph Weathers, vació su copa—. ¿Habéis oído a la pequeña Katherine? ¡Un chequeo médico! Pues sí, nena. Has tenido una magnífica idea, pero ya había pensado en ello. Apuesto que mi padre estará esperando al pie del avión para conducirme al Ekland Center donde los mejores especialistas ya habrán sido alertados de mi llegada.

—Yo no le hubiera dicho nada al viejo, Ralph —comentó Jason Bottoms—. Sólo le has telefoneado para darle un disgusto innecesario.

—¿Un disgusto? ¡Le informé de que estaba vivo!

—Quiero decir que...

—Lo sé, Jason, lo sé —interrumpió Weathers, lle nando de nuevo las copas—; pero mis viejos hubieran sido informados tarde o temprano de lo ocurrido. ¿Olvidas a nuestro sabueso? Keith Murphy debe presentar un detallado informe de nuestras aventuras por

Kenia. Todos rieron.

Coreando las palabras de Weathers.

Sólo Keith Murphy continuaba ajeno al estridente bullicio.

Cuando horas más tarde se anunció por el altavoz la inmediata llegada a Nueva York, Murphy no pudo evitar un sonoro suspiro.

La pesadilla terminaba.

Cuando tomaran tierra en Nueva York, su responsabilidad con el grupo finalizaba. Cobraría lo acordado con el viejo Weathers y luego se emborracharía para olvidar aquellas semanas de pesadilla.

Keith Murphy ignoraba que la pesadilla comenzaba en Nueva York. Una horrenda pesadilla de terror, violencia y muerte.

CAPITULO V

Keith Murphy admiró el lujoso despacho biblioteca. Con profusión de valiosos cuadros, bellas figuras y objetos de arte. En la biblioteca, junto a modernas ediciones artísticamente encuadernadas, se veían varios incunables de gran valor.

Un despacho a la medida de Donald Weathers. Murphy consultó su reloj de pulsera.

Llevaba ya ocho minutos en aquella habitación.

Se abrió la puerta del despacho para dar paso a la señora Weathers.

Martha Weathers. Cincuenta y cuatro años de edad. Su origen no era de alta sociedad, pero no por ello dejaba de ser una auténtica dama. Todo lo contrario. Las refinadas damas de la aristocracia neoyorquina podían tomar ejemplo de Martha Weathers. Fue su belleza de juventud la que impulsó a Donald Weathers a pedirla en matrimonio. Sin importarle su humilde cuna.

Donald Weathers, durante los largos años de matrimonio, trató de inculcar en su esposa Martha el orgullo de los Weathers, la arrogancia, el despotismo...

No lo logró.

Martha Weathers continuaba siendo una mujer sencilla, sin vanagloriarse del lujo y

poder conseguido por su unión con los Weathers. Un solo hijo del matrimonio.

Ralph Weathers.

Un hijo que llegó al mundo con complicaciones y que mutiló de por vida la maternidad de Martha Weathers.

—Debe disculpar mi demora, señor Murphy. He querido que nos dejaran solos.

Acabo de dar noche libre a mi doncella. ¿Le sirvo alguna bebida?

—No, gracias.

—Tome asiento, por favor —Martha Weathers renunció al sillón- situado tras la severa mesa escritorio. Se acomodó en un sillón de negra piel—. ¿Le ha sorprendido mi llamada, Murphy?

Keith Murphy contempló fijamente a la mujer.

Martha Weathers aún conservaba en su rostro retazos de su belleza de antaño. Un rostro sereno y apacible, aunque ahora ensombrecido por prematuras arrugas. Vestía con sencillez, sin ostentación de joyas o cualquier otro signo de riqueza.

—Sí, señora Weathers. Me ha sorprendido. Máxime al no querer darme ningún tipo de explicaciones para esta entrevista.

Sólo que acudiera aquí esta noche. No fue muy explícita por teléfono. Creí que el señor Weathers...

—Mi marido no sabe que le he llamado —sonrió la mujer—. Es iniciativa mía.

—Debí sospecharlo. El señor Weathers prescindió de mis servicios hace exactamente tres días. Cuando el avión procedente de Kenia tomó tierra en Nueva York. Me pagó el resto de lo estipulado y...

—Yo estaba presente en el aeropuerto —interrumpió nuevamente Martha Weathers, manteniendo la leve sonrisa—. Muy preocupada por lo ocurrido a Ralph. El verle descender del avión alegre y sonriente se tranquilizó; no obstante aquel mismo día fue reconocido en el Ekland Center. Por los mejores especialistas.

—¿Cómo le encontraron?

—Perfectamente. Sí, señor Murphy. Perfectamente. No se explican lo ocurrido en Nairobi. Sometieron a Ralph a minuciosas pruebas y análisis. Ninguna lesión cardíaca, cerebral, sanguínea... Nada. El estado físico de Ralph es envidiable.

—Lo celebro.

—Yo estoy tan satisfecha, señor Murphy. Me hubiera gustado conocer la causa que motivó ese aparente estado de perecimiento.

Keith Murphy dedicó a la mujer una animosa sonrisa.

—Lo que en verdad debe importarle es que Ralph no padece mal alguno. ¿Las causas de lo ocurrido...? Kenia no es Nueva York, señora Weathers. No permanecimos todos ios días en Nairobi. En las confortables y climatizadas habitaciones del hotel. Su hijo quería visitar la selva, las zonas alejadas de la reserva... Bajo un sol de justicia. Lo ocurrido fue un desvanecimiento, una paralización pasajera de los órganos vitales... Yo..., yo no sé explicar...

—Tampoco los médicos, señor Murphy, pero como bien dice, lo importante es que Ralph se encuentra en perfecto estado. Así lo han determinado los reconocimientos y análisis.

—Correcto.

—Señor Murphy... —Martha Weathers hizo una pausa. Inclinó la cabeza unos instantes para luego alzarla y posar sus ojos en Murphy—. Quiero contratar sus servicios.

Keith Murphy parpadeó.

—¿Mis servicios? ¿Como detective privado?

—Eso es. ¿Tiene algún inconveniente? Murphy dudó.

Hacía tan solo tres días que regresara del infernal viaje a Kenia. Con la generosidad demostrada por Do- nald Weathers había cancelado casi totalmente las deudas contraídas. Al menos

las más apremiantes. Había decretado una semana de inactividad. De reposo. Lo necesitaba, pero también necesitaba dinero.

Y no podía encontrar mejor cliente que la señora Weathers.

—¿Me contrata usted o el señor Weathers?

—Mi marido permanece al margen. Keith Murphy asintió con una sonrisa.

—De acuerdo. Estoy a sus órdenes, señora Weathers. ¿De qué se trata?

—Mi hijo Ralph.

La sonrisa desapareció paulatinamente del rostro de Murphy.

—¿Su..., su hijo?

—Quiero que investigue su conducta, señor Murphy. Desde que regresó de Kenia no es el mismo. Le encuentro...

—Disculpe, señora Weathers, pero no considero...

—Por favor... Déjeme continuar. La misma noche del regreso de Ralph, después de los exámenes en el Ekland Center, Ralph se retiró muy cansado. Lógico después de tantas horas de vuelo. Ya era muy tarde. Más de medianoche. Yo estaba intranquila. En más de una ocasión desperté. Y en una de ellas me pareció oír unos ruidos extraños en la casa. Me levanté. Esos ruidos procedían de la habitación de Ralph. Quise entrar, pero había

cerrado con llave. Llamé sin recibir respuesta. Los ruidos cesaron y retorné a mi habitación. Al día siguiente,, Ralph no recordaba haberse despertado ni haber hecho ruido alguno.

—Pudo haber sufrido una pesadilla, hablar en voz alta, gritar, mover casualmente algún mueble...

—Ayer arrojó las sábanas de su cama a la trituradora de basura. Murphy arqueó las cejas.

Perplejo.

—¿Por qué hizo eso?

—Lo negó, señor Murphy. Y el servicio queda descartado. Precisamente fue Deborah, la doncella, la que al ir a coger las sábanas se encontró con que habían desaparecido. Las sábanas y la funda de la almohada. Orson, el mayordomo, no se dedica a menesteres de limpieza; pero fue igualmente interrogado. No tenemos más servicio en la casa: Sólo pudo ser Ralph. Y lo negó.

Murphy forzó una sonrisa.

Aunque aquello le parecía absurdo, trató de buscar una explicación.

—Le da demasiada importancia a pequeños detalles, señora Weathers. Pueden ser infinitas las causas que motivaron esa reacción en su hijo. Una botella de whisky que se derrama en el lecho, unos súbitos deseos de vomitar... Tal vez no quiso alarmarla y decidió actuar sin recurrir al servicio. Martha Weathers

se incorporó.

Con ensombrecido rostro.

—Sígame, señor Murphy. Quiero mostrarle algo. Abandonaron el despacho.

Del espacioso hall de entrada nacía la escalera que conducía a la planta superior. Junto a la baranda se iniciaba el largo corredor en forma de «L».

Subieron la escalera.

Martha Weathers se detuvo frente a una de las habitaciones del pasillo. Hizo girar el pomo, pero la puerta no cedió.

—Disculpe... Es la habitación de Ralph. Desde que regresó de Kenia siempre la cierra con llave. Tengo un duplicado.

Martha Weathers se introdujo en otra de las habitaciones del corredor. Regresó a los pocos minutos junto a Murphy. Portando en su diestra una llave.

Abrió la puerta.

La habitación era espaciosa. Desde el ventanal, protegido por alegres cortinajes, se veía la arbolada Caan Avenue. El mobiliario en tonos claros. Una amplia cama, dos mesas de noche, artístico secreter, longitudinal armario y varias sillas y butacas.

Todo estaba en perfecto orden.

—Esto lo he descubierto hoy, señor Murphy —Martha Weathers se aproximó al armario—. Fíjese...

Murphy avanzó.

Contempló lo señalado por la mujer.

En uno de los laterales del mueble. Sobre la lámina del armario. De arriba abajo. Cinco arañazos en la madera. Cinco rasgaduras a lo largo del armario. Tres de ellas, las centrales, más marcadas y profundas que las otras dos.

Era como el zarpazo de una fiera.

—Esto es...

—Sé lo que es, señor Murphy —Martha Weathers abrió ahora la mesa de noche. El compartimento inferior—. Aquí lo tiene.

Keith Murphy atrapó la zarpa de león. La reconoció.

Fue adquirida por Ralph Weathers en una tienda de Nairobi. También Jason Bottoms compró otra.

—¿Qué opina, señor Murphy? —inquirió la mujer, con visible gesto de preocupación—. ¿Qué le pasa a mi hijo? ¿Por qué se comporta así? ¿Por qué cogió esa zarpa y arañó violentamente la madera del armario? Es algo que no me...

El timbre del teléfono interrumpió a Martha Weathers. Dudó unos instantes.

No avanzó hacia el aparato situado sobre una de las mesas de noche. No era allí donde se recibía la llamada.

—Es el teléfono de mi dormitorio... Disculpe, señor Murphy. Regreso de inmediato. Keith Murphy asintió maquinalmente.

Tenía la mirada fija en la zarpa de león. Se aproximó al armario.

Procedió a separar uno a uno los engarfiados dedos de la zarpa. No.

Tal como había imaginado.

Ni separando al máximo coincidía con la marca dejada sobre la madera. Aquellas cinco rasgaduras, aquellos cinco profundos arañazos, eran los de..

Murphy alzó su diestra.

La mano abierta y los dedos levemente curvados.

No la posó sobre la madera. No era necesario. Coincidía. Aquella huella, los cinco arañazos, no habían sido trazados con la zarpa de león. Eran originados por la mano de un hombre.

Aunque...

Keith Murphy hizo una mueca.

Ningún hombre poseía garras semejantes para marcar en la madera ni...

Un ahogado sollozo quebró los pensamientos de Murphy. Giró contemplando a la señora Weathers penetrar en la estancia con el rostro oculto entre las manos.

—Dios mío... Dios mío...

—¿Qué ocurre, señora Weathers? La mujer descubrió el rostro.

Desencajado y lloroso.

—Era..., era mi marido quien telefoneó... Estaba en la fiesta de los Sacks... Sharon..., Sharon Down... está muerta..., despedazada por una fiera...

CAPITULO VI

Los Sacks acostumbraban a celebrar fastuosas fiestas a lo largo del año. Por cualquier motivo. El menor acontecimiento era válido para abrir la mansión de Kemp Hill. En las afueras del Bronx.

Un aristocrático caserón con más de cien años de antigüedad. Una especie de castillo inglés. En lo alto de una colina, cercado de frondoso bosque. El aspecto medieval de la casa sufría duro contraste con la sinuosa y moderna piscina dotada de luz, con la pista de tenis, el campo de golf y el parking.

Lujo y confort por doquier.

Los Sacks eran una de las primeras fortunas de Nueva York.

Y lo hacían notar.

Máxime en aquella noche. Las Sacks celebraban la adquisición de la Feldman Company de Chicago. Una industria papelera de Illinois que era absorbida por los Sacks. Una más a engrosar el poder de los Sacks.

Más de ochenta invitados en la fiesta. Invitados selectos. De la alta sociedad neoyorquina, poderosos magnates e influyentes políticos. Todos los vehículos disponían de amplio espacio de estacionamiento en la espaciosa explanada existente frente a la mansión.

Los invitados podían pasear por el bosque bellamente iluminado, por los jardines, invernaderos, por el buffet instalado próximo a la piscina o deambular por los abiertos salones de la casa.

Dos orquestas.

Una en el jardín y otra en el interior de la casa. La primera de ellas dedicada casi en exclusiva a los jóvenes invitados.

También había lugares más discretos y reservados. Alguno de ellos únicamente conocido por el anfitrión.

—Está todo muy oscuro, señor Sacks...

—Tenemos que descender la escalera para poder encender la luz. Sólo son seis peldaños. Agárrate a mí, Sharon. Yo te guiaré.

Sharon sonrió.

Rod Sacks, más que guiarla, la abrazó como un pulpo. Percibió aquellas ávidas manos que la prodigaban furtivas y rápidas caricias. Temerosas de ser rechazadas.

Sólo que Sharon no las rechazó. Descendieron la escalinata.

Rod Sacks accionó el interruptor acoplado en la pared. La amplia y longitudinal nave se iluminó. Aquello era como un laberinto. Infinidad de barriles, botellas y cajas se alineaban a

derecha e izquierda.

—¡Oh...! Es enorme.

—Una de las mejores bodegas de Nueva York, Sharon. Es también mi refugio. Muy pocas personas tienen acceso aquí. Ni tan siquiera permito que los criados bajen en busca de alguna botella.

—¿Por qué no, señor Sacks? ¿Encierra algún secreto? Rod Sacks contempló fijamente a la joven.

Y de nuevo sintió que su pulso se aceleraba. Aquella muchacha le volvía loco. Su sonrisa, sus labios, el brillo de sus ojos... y su cuerpo. Aquel cuerpo tentador que se modelaba bajo el frágil vestido de noche.

—¿Por qué no me llamas Roddy? Te lo he dicho en infinidad de ocasiones. Nos conocemos desde hace mucho tiempo, ¿no es cierto? Tú eres la mejor amiga de mi hija Katherine. Y yo..., yo... te aprecio.

Sharon volvió a sonreír. Sí.

Conocía el... aprecio de Rod Sacks.

Muchas veces, en sus visitas a Katherine, le sorprendió espiándola. Devorándola con la mirada. Con sus torpes y mal disimuladas caricias. Ultimamente se mostraba más audaz. En sus miradas. En sus insinuaciones. En sus furtivas caricias.

Y aquella noche la había invitado a visitar la bodega.

Sharon aceptó. Consciente del peligroso juego. Aburrida de los jovenzuelos que bailaban en torno a la piscina.

Enfrentó sus ojos a los de Sacks.

—Encuentro tu bodega algo triste, Roddy. Y fría. Incluso lúgubre. Había imaginado otra cosa.

—Aún no conoces mi refugio. Ven...

Avanzaron por el pasillo principal doblando por varios corredores y sorteando gruesas columnas. Hasta divisar la puerta.

Sacks rebuscó en los bolsillos.

Introdujo una pequeña llave en la cerradura.

Al empujar la puerta se hizo a un lado. Descubriendo la espaciosa habitación. Una circular cama en el frente. Profusión de espejos. Un carro bar. Un equipo de sonido con radio cassette, tocadiscos y televisor incorporado. Una estantería con libros. Un armario ropero.

Al fondo una puerta que comunicaba con un coquetón cuarto de baño Sharon parpadeó bajo el umbral.

Sorprendida.

—Es..., es fabuloso...

—¿Te atreves a entrar, Sharon?

La muchacha rió en cantarina carcajada.

Ella, una joven de veinte años, había hecho temblar la voz del todopoderoso Rod Sacks.

—¿Por qué no? Me gusta tu refugio, Roddy —Sharon penetró en la estancia—. Aquí tienes de todo. Música, libros, tranquilidad... Apuesto que nadie puede oírte.

—Ni con el aparato de sonido a todo volumen. Esto es para mí como un mundo aparte. Aquí olvido mis preocupaciones. Este es mi santuario de reposo.

Sharon se había aproximado a la estantería. Todos los libros y revistas marcadamente pornográficos.

—¿De reposo, Roddy?

—De reposo... y de placer.

—¿Cuántas mujeres han visitado este refugio, Roddy?

—Muy pocas, Sharon. Soy prudente. Esto no puede ser conocido por cualquier mujer. Tú..., tú eres especial.

—Te gusto, ¿verdad, Roddy? —la muchacha realizó dos leves movimientos que deslizaron los frágiles tirantes del vestido—. ¿Desde cuándo? No..., no respondas. Yo te lo diré. Era el cumpleaños de Katherine. Cumplía catorce años. Yo pasé la noche aquí. Te vi entrar en mi habitación casi al amanecer. Sigiloso. Me desperté, pero simulé estar dormida. Me quitaste la

sábana y contemplaste mi cuerpo largo tiempo. Luego sentí tu mano acariciándome... El vestido cayó a los pies de Sharon.

Su única vestimenta la formaban unos finos pantys y el reducido slip de transparente encaje.

Rod Sacks, con un ronco jadear, se abrazó a la muchacha. Besándola con torpe pasión. La condujo hacia el lecho donde cayeron entrelazados. Enfebrecidos por desenfrenada lujuria.

* * *

La sangre aun golpeaba con fuerza en las sienes de Rod Sacks.

Al terminar de vestirse giró para contemplar la turbadora desnudez de la muchacha.

—Sharon...

—¿Sí? —ronroneó Sharon, removiéndose en el lecho como una gata. Con los ojos cerrados—.

¿Dónde estás, Roddy?

—Debo irme, Sharon. Soy el anfitrión y no puedo ausentarme durante mucho tiempo de la fiesta. Tu puedes quedarte un poco más. Aquí te dejo una llave para que cierres al salir. Utiliza la puerta del bosque. Por donde hemos entrado, ¿de acuerdo?

—Espérame y...

—No. No es prudente que nos vean salir o aparecer juntos. Hasta .luego, Sharon. Rod Sacks abandonó la estancia.

Seguido de la burlona mirada de Sharon.

Y una sonrisa irónica asomó a los gordezuelos labios de la muchacha.

Era consciente de la huida de Rod Sacks. En la grandiosa mansión, el mismísimo Rod Sacks podía pasar desapercibido. Que se notara su ausencia no era real mente el temor de Rod Sacks. Pronto cumpliría los sesenta años de edad. Ese era el miedo de Sacks. Prolongar su velada con Sharon y fracasar.

De ahí aquella retirada.

Sharon alargó su diestra para coger la cajetilla de tabaco situada en la esquinera de la pared. Encendió el emboquillado exhalando una bocanada de azulado humo.

Terminado el cigarrillo se daría una ducha rápida y luego... Sharon arqueó las cejas.

Escuchó el resonar de los pasos en el sótano. Fuertes pisadas que súbitamente cesaron quedando todo en silencio.

La puerta estaba cerrada.

Sharon fijó sus ojos en el pomo. Este comenzó a girar lentamente. Sin emitir el menor ruido.

—¿Eres tú, Roddy?

La voz de Sharon hizo detener el girar del pomo durante unos instantes, aunque de nuevo volvió a girar.

La puerta comenzó a abrirse. También con lentitud.

—¡Roddy! —exclamó Sharon, irritada—. Este tipo de bromas no me... La muchacha enmudeció.

No era Roddy Sacks.

Parpadeó repetidamente reflejando en su rostro una mueca de estupor.

—Hola, Sharon.

—Ralph... ¿qué..., qué haces aquí?

Ralph Weathers vestía un elegante smocking con lazo de seda anudada a la rizada camisa.

—Eso debería preguntar yo, nena. Soy uno de los invitados a la fiesta. Al igual que tú, pero sospecho que eres la única invitada que está desnuda.

Sharon rió divertida.

No hizo ademán por paliar su desnudez. Todo lo contrario. Estiró voluptuosa brazos y piernas a lo largo de la circular cama.

—Acabo de seducir al viejo Sacks.

—Lo sé. Le he visto salir. Eres una auténtica zorra, Sharon. La muchacha no acusó el insulto.

Sonrió sensual.

—Creí encontrar en Roddy Sacks un depravado sexual, pero se ha comportado de lo más vulgar. Aunque... tal vez sea culpa mía. Puede que yo sea insaciable. ¿Qué opinas, Ralph?

La insinuante pregunta de Sharon fue acompañada por un lascivo movimiento de sus manos recorriendo los duros senos, el liso vientre para luego posarse sobre el recondido y sedoso vello de su sexo.

Ralph Weathers tiró del lazo del cuello.

Seguidamente se despojó de la chaqueta procediendo a desabotonarse la camisa.

—¿Quieres mi opinión, nena? Sospecho que tu grado de ninfomanía es...

Súbitamente la voz de Weathers enronqueció. Sonó gutural y fuerte. Fue como el ahogado rugir de una bestia.

Carraspeó.

Con rauco estertor.

—¿Qué te ocurre, Ralph? Weathers quiso hablar. Abrió la boca.

Desmesuradamente.

Y entonces asomaron los colmillos. Largos, afilados, amarillentos...

El cuerpo de Ralph Weathers se fue arqueando como si hubiera recibido una descarga. Se dobló hacia adelante. De nuevo un ahogado gruñido brotó de su garganta.

Sharon quedó alucinada. Incapaz de reaccionar.

Aunque cuando se inició la demoníaca transformación sí dejó escapar todo el terror acumulado en sus pupila.

Primero fue el pelo. Los cabellos de Ralph Weathers se fueron alargando enmarañados. Una pelambrera gris. Al unísono con las cejas que crecían hasta casi semiocultar los ojos de Weathers. Un oscuro pelaje fue cubriendo su rostro. Extendiéndose por el cuerpo hasta dominarlo por completo de cerneja grisácea.

La boca se deformó agrandándose para dar cabida a los salientes colmillos. Los orificios de la nariz ensanchados y casi taponados por abundante pelo. Los ojos saltones. Las orejas velludas, afiladas... Y las manos.

Las manos de Ralph Weathers se habían convertido en nervudas garras. Los dedos engarfiados. Las uñas asomando curvas y duras.

Unas manos pilosas. Auténticas zarpas de fiera.

Aquella metamorfosis se engendró en fracciones de segundo. Ante los aterrados ojos de Sharon que, sin cesar de gritar, saltó del lecho intentando alcanzar la puerta.

No lo consiguió. Un rugido.

Sí.

Ahora fue perfectamente audible. El rugir de una bestia.

A los espeluznantes alaridos de Sharon se unió un grito de dolor. Percibió aquella fría zarpa. Sobre su desnuda espalda. Desgarrándole la piel de arriba abajo. Cinco surcos sanguinolentos en la espalda de Sharon.

Ralph Weathers se había abalanzado sobre ella. Con la agilidad de un felino.

Como un chacal.

La ronca voz de Weathers sonó infrahumana.

—Sharon..., Sharon...

Por entre los afilados colmillos brotaba abundante espuma amarillenta.

—¡Ralph! ¡Por el amor de Dios, Ralph!... No..., no... Tú no eres Ralph...

—Por supuesto que no, pequeña... Soy un servidor de Yatrakan... No hay más dios que Yatrakan..., el dios de la violencia...

Ralph Weathers se sentó a horcajadas de la muchacha.

Su mano derecha, aquella siniestra garra, se hundió salvajemente en el seno izquierdo de Sharon. Una y otra vez. Convirtiendo la turgente carne en una deforme masa sanguinolenta.

Acto seguido se inclinó sobre Sharon. Como si fuera a besarla.

Y los afilados colmillos se clavaron en el cuello de la joven.

Sharon gritó agitando brazos y piernas. En un desesperado intento por zafarse de su atacante.

—Yatrakan odia la belleza... Tú eres bella, Sharon... Muy bella...

Las zarpas de Weathers se posaron sobre las mejillas femeninas. Desgarraron la carne. Fue la mano derecha, la curva uña del dedo índice, la que hurgó sádica en el ojo izquierdo de Sharon. Y luego con el pulgar.

Sharon ya no gritaba.

La sangre taponaba su boca.

También abundante sangre goteaba sobre su rostro. Una lluvia de viscosa sangre procedente de su extirpado ojo.

El rostro de Sharon era una máscara roja. Un deforme amasijo de carne humana.

* * *

Ralph Weathers lloraba en uno de los rincones. Histérico.

Con el rostro oculto entre las manos.

Las apartó instintivamente al sentir el viscoso líquido. Se contempló las manos manchadas de sangre.

La sangre de Sharon Down.

Weathers posó sus llorosos ojos en el ensangrentado cadáver.

Aquello era Sharon.

Ralph Weathers se incorporó torpemente apartando su mirada del mutilado cuerpo femenino. Con vacilante paso acudió al contiguo cuarto de baño.

Contempló su imagen reflejada en el espejo.

Su rostro, aunque desencajado por el miedo y el llanto, ya no era el de una monstruosa criatura. Ya no era la fiera de minutos antes. Tampoco sus manos eran zarpas.

Ya no era el discípulo de Yatrakan. Ralph Weathers volvió a llorar.

Recordando su transformación diabólica, sus palabras, su ataque a Sharon... Contempló su rostro reflejado en el espejo.

Fijamente. Dejó de llorar.

Paulatinamente una sonrisa asomó a labios de Weathers. Una sonrisa que se tornó en sonora carcajada. Rió como un poseso a la vez que exclamaba:

—Yatrakan... Yatrakan... ¡Yatrakan!

CAPITULO VII

Elliot Plumer, teniente del Departamento de Homicidios, interrumpió el iniciado ademán de llevarse una pastilla de chewing gum a la boca.

Arrugó instintivamente la nariz. Como si algo le oliera mal.

Avanzó hacia el coche estacionado próximo a la reja. Junto a la alta muralla que circundaba la extensa propiedad de los Sacks.

Era un Chevrolet.

Un aerodinámico Corvette.

Y situado frente al volante estaba Keith Murphy.

—Maldita sea... Tenía la esperanza de que fuera una ilusión óptica —masculló el teniente Plumer—; pero es real. Definitivamente hoy no es mi día de suerte. ¿Qué diablos haces aquí, Keith?

—Hola, Elliot. No pareces muy contento de...

—¿Contento? Lárgate, Keith. Tu sola presencia me origina ya dolor de cabeza. Murphy sonrió saltando del vehículo.

—Por favor, Elliot... No seas rencoroso.

—¿Rencoroso? ¡Ah...! Comprendo. Crees que te guardo rencor por el caso Houseman. Ya lo tenía resuelto. Sólo era cuestión de tiempo cazar a Ricky Houseman.

—Y yo no esperé.

Elliot Plumer había cruzado la frontera de los cincuenta años de edad. Más de veinte en el Departamento de Homicidios de Nueva York. Un veterano. Máxime en una ciudad como Nueva York con su promedio de dos mil asesinatos por año.

—¿Qué haces aquí, Keith?

—Simple curiosidad. Me he informado del asesinato de Sharon Down. Hace tan solo unos días estaba en Kenia con...

—No sigas. Salió en los ecos de sociedad. Tienes curiosidad, ¿eh, muchacho? Perfecto, Keith.

Sígueme.

Caminaron por el asfaltado sendero que conducía a la casa.

El jardín seguía iluminado. Al igual que algunas zonas del bosque. El porche de la casa, la piscina, la pista de tenis... Todo engalanado y con profusión de luces. Varios coches seguían aún en el parking. Y muchos invitados en el interior de la mansión.

Pero ya no sonaban las orquestas.

Una ambulancia y tres coches patrulla de la Metropolitan Pólice en la explanada. Miembros del Departamento de Homicidios interrogando a determinados invitados. Agentes uniformados controlando el acceso de los periodistas. Los sabuesos de la

Prensa habían olfateado la noticia. Y allí estaban.

Elliot Plumer avanzó hacia los invernaderos.

Por la parte posterior de la casa, donde se iniciaba el bien cuidado bosque, estaba la entrada al sótano.

—Cuidado, Keith. Hay unos escalones. Penetraron en la bodega.

Los expertos en dactiloscopia deambulaban por toda la extensa nave. Sin dejar rincón por investigar.

Keith Murphy, guiado por el teniente de Homicidios, llegó al escenario del crimen. No había nadie en la habitación.

—Ahí ya hemos terminado, teniente —dijo un individuo-. El forense también...

—Lo sé, Smith —interrumpió Elliot Plumer—. Me he cruzado con él. Sólo estoy aquí para complacer la curiosidad de un amigo. Adelante, Keith. Puedes apartar la sábana. Procura no pisar las manchas.

Murphy se adentró en la estancia.

En el suelo, circundando el oculto cadáver, infinidad de manchas de sangre. Salpicando por doquier.

Keith Murphy se inclinó deslizando la sábana.

Instintivamente cerró los ojos. Horrorizado por la espeluznante visión. Dominando las súbitas náuseas. Con gran esfuerzo contempló el cadáver.

Lo que quedaba de Sharon. Murphy giró hacia la puerta.

—Te felicito, Keith. ¿Recuerdas al agente Jamison? Posiblemente se jubile conmigo. Todo un veterano, ¿eh? Pues bien, Keith. El agente Jamison vomitó como un novato.

—También yo siento deseos, Elliot. ¿Qué ocurrió? ¿Alguno de los perros guardianes? Las facciones de Plumer se endurecieron.

—No, Keith. Esa fue también nuestra primera hipótesis, pero no hay perros guardianes en la mansión. Ningún perro rabioso o cualquier otra alimaña.

—¿Insinúas...?

Ya estaban junto a la escalera de salida.

El teniente hizo una seña para que Murphy subiera primero.

—No puedo adelantarte nada, Keith; aunque sí afirmar que fue un asesinato. El crimen más espeluznante que jamás presenciaron mis ojos.

—No hay hombre capaz de...

—Sí lo hay, muchacho, El asesino, hombre o monstruo, una vez cometido su crimen se metió bajo la ducha. Sin duda para limpiar la sangre de su propia víctima.

—Pero...

—Disculpa, Keith. Tengo mucho trabajo. Ya vamos a proceder

al levantamiento del cadáver. Adiós, muchacho.

Keith Murphy contempló como el teniente acudía al encuentro de tres individuos de paisano que avanzaban hacia los invernaderos.

Algunos coches ya iban abandonando el parking.

El detective se encaminó hacia su estacionado Corvette.

Entornó los ojos al descubrir a Donald Weathers junto al vehículo. Paseando nerviosamente. Con un visible temblor en las manos.

—Buenas noches, señor Weathers.

Donald Weathers, fija la mirada en el suelo, respingó alzando la cabeza.

—Ho... Hola, Murphy. Le he visto con el teniente y decidí esperarle. ¿Puede llevarme en su auto? El mío parece sufrir una avería.

Murphy asintió.

Sin hacer comentario alguno.

Minutos más tarde el Corvette circulaba veloz por Kemp Hill. En dirección a Manhattan. Los faros taladraban la oscuridad de la noche.

—¿Qué quiere decirme, señor Weathers —inquirió Murphy, ante el prolongado mutismo del individuo— Es un honor que haya seleccionado mi auto, pero puedo elegir entre los Cadillac de cualquiera de sus pode roso amigos asistentes a la fiesta.

—Estoy..., estoy muy impresionado por lo ocurrido

—Más lo está Rod Sacks.

—¿Qué quiere decir?

—Apenas he cruzado unas palabras con el teniente

pero me llevó al lugar del crimen. La bodega. A una habitación muy especial. Es fácil deducir que esa estancia no era del dominio público ni de común acceso. Un secreto de Rod Sacks. Y supongo que fue él quien llevó allí a Sharon.

—Sí... Lo ha confesado. No ha tenido otra solución que confesarlo. Estuvo con Sharon. Por supuesto que él no la mató, pero el escándalo ya no podrá ser evitado. La violenta reacción del padre de Sharon, la señora Sacks internada por el brutal shock y demandando a gritos el inmediato divorcio...

—Comprendo la tragedia.

Donald Weathers captó la marcada ironía del detective.

—Tiene razón, Murphy... Todo es ridículo comparado con la horrible muerte de Sharon Down. Su muerte... y el asesino. Estoy preocupado, Murphy. Preocupado por mi hijo Ralph.

—No debe inquietarse, señor Weathers. Imagino su sospecha. Está pensando en la garra de león adquirida por Ralph en Kenia.

No es el arma homicida. Esa garra está en su casa, señor Weathers. En la habitación de Ralph. La he visto esta misma noche. Hace apenas una hora. Cuando usted llamó a su esposa, yo me encontraba en la casa.

Donald Weathers parpadeó. Perplejo.

—¿Qué hacía allí?

—Su esposa me hizo llamar. Al principio quería mantenerle al margen, pero después de lo ocurrido a Sharon me ha autorizado a que le hable de ello. Está preocupada por el extraño comportamiento de Ralph. Concretamente desde que regresó del viaje a Kenia.

—¿Qué opina usted, Murphy? ¿Cuál ha sido su respuesta? Keith Murphy frenó ante un obligado stop.

Aprovechó para encender un cigarrillo.

—Puede que esas dos semanas en la salvaje naturaleza de Kenia hayan impresionado a Ralph, pero es prematuro para sacar conclusiones. Apenas hace cuatro días que regresó de allí.

—En estos cortos días han ocurrido cosas muy extrañas, Murphy. ¿Le habló mi esposa de ellas?

—Sí.

Donald Weathers ahogó un suspiro.

—Yo, por no preocupar a Martha, también resté importancia al asunto; pero me inquieté desde el primer momento. Formulé algunas preguntas a expertos en la materia.

—¿Expertos? No le comprendo...

—Usted, en su informe del viaje a Kenia, silenció cierto incidente acontecido con los porteadores de un ídolo africano. Un hechicero y su dios maligno denominado Yatrakan.

Murphy esbozó una sonrisa.

—He silenciado muchos episodios de nuestro deambular por Kenia, señor Weathers. Debía hacerle un informe, no escribir un libro. Sólo redacté lo que consideré de importancia. En conjunto fue un viaje sumamente tranquilo, con la excepción de la aparente muerte de Ralph.

Donald Weathers mesó nerviosamente los cabellos.

—Mi hijo sigue en la mansión de los Sacks. Junto con otros invitados. Poco a poco la policía, después de tomar datos y formular rutinarias preguntas, dejará salir a los invitados. Katherine Sacks habló ayer con un periodista. Un tal Norman Gilbert, de la Feldman Press.

—¿La Feldman Press? Esa agencia sólo está especializada en temas escabrosos y sensacionalistas.

—Lo sé, Murphy. Y Norman Gilbert ha encontrado un buen filón. Katherine Sacks, con su característica estupidez, habló del

incidente con el ídolo africano. Y también de la maldición del hechicero sobre Ralph. Gilbert ha investigado. Al igual que yo. Y ambos hemos llegado a un mismo resultado. Yatrakan existe.

Keith Murphy, que nuevamente conducía el Corvette, desvió sus ojos.

—¿Es una broma?

—No, Murphy. Esa secta existe en los EE. UU. Los adoradores del dios maligno Yatrakan. Y es aquí, en Nueva York, donde reside el mayor número de sus discípulos.

—El que exista la secta no significa...

—¿Quiere conocer la maldición de Yatrakan? —interrumpió Donald Weathers con voz apenas audible—. Toda criatura humana, hombre o mujer, maldecida por Yatrakan se convertirá en bestia. En un monstruo. Esa es la maldición.

—Ridículo.

—Eso mismo pensé yo, Murphy. Antes de que Sharon Down fuera asesinada por..., por una fiera.

—¿Insinúa...?

—No, Murphy. Sería demasiado horrible e irreal, pero quiero conocer la verdad. Le he pagado cinco mil dólares a Norman Gilbert para que no publique su reportaje. Era demasiado..., demasiado comprometedor. Sí, Murphy. ¡Comprometedor para Ralph! Sonsacó a Katherine todo tipo de detalles. La supuesta aparición de ese hombre bestia corriendo hacia las rocas, el hechicero con el ídolo, el disparo de Ralph, la maldición...

—Ha cometido un grave error, señor Weathers. Nadie hubiera dado crédito a esa historia.

Someterse al chantaje de Gilbert es confesar que se teme algo.

—Las mentes calenturientas sí hubieran dado crédito a la historia, Murphy. Primero serían los periódicos sensacionalistas los que publicaran la noticia, pero tarde o temprano se extendería. Quiero saber qué hay de verdad en esa maldición. Y la respuesta está en la secta de Yatrakan.

—Tal vez.

—¿Acepta el trabajo, Murphy? Le pagaré generosamente. Veinticinco mil dólares. Keith Murphy esbozó una sonrisa.

Simulando una indiferencia que estaba muy lejos de sentir. La cantidad le había impresionado.

—¿No es mucho dinero, señor Weathers?

—Sí, Murphy. Y también mucho el riesgo que puede correr.

—Yo no creo en apariciones ni dioses malignos.

—Sólo el lugar de emplazamiento de la secta resulta ya sumamente peligroso, Murphy.

—¿Dónde?

La respuesta de Donald Weathers fue como un trallazo. Corno una sentencia de muerte.

—Harlem.

* * *

Keith Murphy pulsó el llamador.

Tres veces consecutivas. Pausa. Tres llamadas más prolongando la última unos instantes. Mientras esperaba respuesta consultó la esfera del reloj. Ciertamente no eran horas de visita. Faltaba muy poco para la medianoche.

Esbozó una sonrisa al oír el deslizar de cerrojos. La puerta se entreabrió.

Sólo lo permitido por la gruesa cadena de seguridad.

—Hola, Pamela.

La hoja de madera se volvió a entornar para poder quitar la cadena de seguridad.

—Keith... ¡Oh, Keith!

Murphy sonrió abrazando a la muchacha que se volcó sobre él colgándose de su cuello. Y también besó los labios femeninos que se le ofrecían entreabiertos y trémulos.

—Keith..., no podía creerlo... al oír tu llamada, los tres golpes y..., y... Murphy cerró la puerta de un taconazo.

Contempló a la muchacha.

Pamela Gray. Veintidós años de edad. Licenciada en Letras, profesora de idiomas, doctorada en Filosofía... Una mujer inteligente que malgastaba su talento en escuelas de suburbios, en pláticas a marginados y vociferando en defensa de los derechos humanos.

Sí.

Una lamentable pérdida de talento y tiempo.

Pamela Gray era inteligente y bella. Algo en verdad inaudito. Su rostro de pómulos gatunos, los ojos almendrados, la nariz respingona, los labios exultantes... Un bello lienzo enmarcado por sedosos cabellos castaños. A juego con sus ojos.

Lucía una larga bata de batista anudada a la cintura.

—Pasa al salón, Keith. Estaba escuchando música y repasando unos ejercicios escolares. La muchacha desconectó el cassette girando nuevamente hacia Murphy.

El salón femeninamente decorado. Con peculiar gusto. Todo en orden. Únicamente, sobre la circular alfombra del suelo, se veían amontonados cuadernos junto con un par de botes de cola.

—¿Has cenado, Keith? ¿Quieres que te prepare algo?

—¿Te queda algo de whisky? Pamela asintió con dulce sonrisa.

—Sabes que yo no bebo, pero la botella está tal como la dejaste.

—Oye, Pamela, mi presencia aquí está motivada por...

—No, keith. Ahora no. Ya me hablarás de ello después. Me consta que no estás aquí sólo por verme. Después, Keith..., después...

Murphy no respondió.

Se reflejó en los oscuros ojos de Pamela.

Y fue como caer en un profundo pozo de cristalinas aguas.

Sin saber cómo se encontró sobre un confortable lecho de perfumadas sábanas. Abrazado al desnudo cuerpo de Pamela. Correspondiendo a sus anhelantes besos. Percibiendo el calor que emanaba del enfebrecido cuerpo femenino. Adueñándose de aquellos duros y salientes senos que parecían hechos a la medida de sus manos. Fustigando el erecto pezón con apasionados besos. Temblando de pasión al unísono con Pamela.

Dos cuerpos fundidos en uno solo. Por milagro del amor.

Y Keith Murphy no pensó en nada más. Sólo en aquella adorable criatura que se estremecía a su mismo compás. Únicamente su mente le atormentó al recordar el tiempo lamentablemente perdido.

CAPITULO VIII

La claridad del nuevo día iluminaba con fuerza la estancia.

Una luminosidad que era contrastada por la radiante belleza de Pamela. Era todo un espectáculo verla frente al espejo del armario. Acoplándose el sujetador a los erguidos senos. La cimbreante cintura de odalisca al descubierto. El delicioso ombligo coronando el vientre levemente curvo. El minúsculo slip calado dejando muy poco para la imaginación.

Pamela, con nerviosos ademanes, se apresuró a protegerse con el juvenil vestido camisero.

—En lugar de estar ahí mirándome como un búho deberías levantarte.

—Yo espero a que salgas de la habitación —sonrió Murphy, desde el lecho—. Soy muy tímido.

—Un cínico desvergonzado —rió también Pamela—. Eso es lo que eres. Dentro de diez minutos estará preparado el desayuno. En ese tiempo te quiero frente a la mesa de la cocina.

Nueve minutos.

Ese fue el tiempo empleado por Murphy.

—Bueno, Keith. Empiezo mis clases a las nueve —indicó Pamela, mojando una tostada en el café con leche—. Te queda poco tiempo para hablarme de tu problema.

—Te acompañaré.

La muchacha interrumpió el iniciado ademán de llevarse la tostada a la boca. Contempló fijamente a Murphy.

—Sigo impartiendo la enseñanza en las escuelas de Harlem, Keith.

—Lo sé.

—¿Quieres..., quieres ir a Harlem?

—Ajá. Y no encontraré mejor escolta que Pamela Gray. Tú, pese a ser una mujer blanca, eres recibida allí con todos los honores.

—Me he ganado con creces esa amistad, Keith.

—Cierto.

Quedaron unos instantes en silencio. Fue roto por. Pamela.

—Has tenido suerte, Keith. Este mes abandono Harlem. Quiero decir que mi labor en las escuelas de Harlem ha quedado ya superada. Ya no necesitan mis servicios. Mis discípulas, muchachas de color, continuarán la obra.

—¿Qué piensas hacer después? Pamela se encogió de hombros.

—Aún no lo he decidido. Soy una mujer liberal, pero de

costumbres primitivas. Sigo deseando formar un hogar y tener hijos.

—Pamela...

—Tranquilo, Keith. No voy a cometer el mismo error de hace seis meses. Cuando se me ocurrió pedirte que te casaras conmigo. Fui una estúpida.

—Y yo un cobarde. Escapé de tu lado. Sí, Pamela. Fue una huida. Tuve miedo. He conocido demasiados hogares desgraciados y niños «rebuscando en los bidones de basura.

La muchacha agrandó los ojos.

—¿Tú dices eso, Keith? ¿Desde tu perspectiva de Cotten Street? ¿Desde tu confortable apartamento? ¡Yo sí conozco la miseria del prójimo! ¡Todos los días! ¡En Harlem!

—Hablo recordando el pasado. Escenas de mi niñez. Ya te he dicho que me comporté como un cobarde, pero estoy arrepentido. Después de estar ahora contigo reconozco...

—No, Keith —interrumpió Pamela, con forzada sonrisa—. No digas nada. Tal vez volverías a arrepentirte. ¿Nos vamos?

Abandonaron el apartamento. En silencio.

Keith Murphy hubiera deseado decirle que en verdad estaba arrepentido de su comportamiento. Que ahora, al volver a tenerla entre sus brazos, comprendía lo que torpemente había renunciado; pero ella no creería en sus palabras. Las imaginaría originadas por una ráfaga de pasión. Por la euforia del reencuentro.

—¿Qué Haces, Keith? No pensarás adentrarte en Harlem conduciendo tu deportivo Corvette. Un hombre blanco con su ostentoso auto por entre la miseria negra. Te lincharían. Y ni yo podría evitarlo.

—Okay. ¿Sigue en funcionamiento tu viejo Mercury? Pamela sonrió señalando hacia el otro lado de la calzada.

—Ahí lo tienes.

Se acomodaron en un Mercury de varios años de antigüedad. Pamela situada frente al volante.

Emprendieron la marcha.

—¿Puedes decirme qué buscas en Harlem, Keith?

—Una secta.

—¿Una secta religiosa?

—Pues... no sé qué decirte —Murphy encendió un cigarrillo—. Sospecho que no es una secta religiosa, sino un grupo de fanáticos. Unos que se denominan adoradores del dios Yatrakan.

El rostro de Pamela se cubrió de tenue palidez.

—Ten cuidado, Keith. Los negros son muy creyentes, pero también muy adictos a la brujería, la magia y el satanismo. En

Harlem hay de todo. ¿Sabes ya dónde buscar?

—No. Empezaré formulando preguntas. La joven chasqueó la lengua.

—Sabes que eso no es posible. Un hombre blanco, si tiene la ocasión de penetrar en Harlem, procurará mantener la boca cerrada. Te presentaré al reverendo Stanley Powell. El conoce todo cuanto ocurre en Harlem. Y es experto en brujería y satanismo. El mismo desmanteló una secta de caníbales.

Murphy respingó.

Dirigió una incrédula mirada a Pamela.

—¿Caníbales? ¿En Nueva York?

—Sí, Keith. ¿Por qué te sorprendes? Esto es una jungla. Y Harlem la zona más prohibida y tenebrosa de esta violenta jungla de asfalto.

* * *

Harlem.

Una ciudad aparte en el interior de Manhattan. Más de trescientos mil negros emplazados en la zona comprendida entre la no th Street y la 155 th Street. Un territorio denominado Harlem. Una ciudad de contrastes. Mendigos y millonarios. Casas miserables y mansiones lujosas. Todo bajo el dominio y control del hombre negro.

Con hoteles de lujo y establecimientos de «camas calientes». Estas, tal como su nombre indica, nunca pierden el calor humano. Es ocupada por un miserable negro por el tiempo máximo de ocho horas. Se levanta y de inmediato es ocupada por otro desgraciado que espera turno. El hacinamiento es uno de los males que aquejan Harlem. Un solo bloque de casas en Harlem alberga a más de cuatro mil negros.

Por la Lennox Avenue, populosa vía de Harlem, circulaba una verdadera riada humana.

—Ahí los tiene, Murphy. ¿Qué le parecen vistos desde aquí?

Estaban en el quinto piso de la escuela pública de Lennox Avenue. Desde el ventanal se divisaba parte de la concurrida calle.

Keith Murphy sonrió.

Desvió la mirada hacia Stanley Powell.

El reverendo Powell. Un individuo de color. De unos sesenta años de edad. Con una sorprendente agilidad y vigor físico.

—¿Quiere una respuesta sincera, reverendo?

—Por supuesto. Repudio a los hipócritas.

—Me parecen cucarachas. Y cuando estoy en la cima del

Empire State, los miles de hombres blancos que deambulan de un lado a otro me semejan hormigas.

Stanley Powell rió divertido.

—Cucarachas y hormigas.

—Correcto, reverendo.

—Llámeme Stanley. Siendo amigo de Pamela, es amigo mío. ¿Qué quiere de Harlem, Keith?

—Busco a Yatrakan.

La sonrisa se borró bruscamente del rostro de Powell. Retornó tras la mesa escritorio. También Keith

Murphy se acomodó en uno de los sillones que adornaban el reducido despacho.

—Yatrakan...

—Me refiero a...

—Sé a qué se refiere —interrumpió el reverendo—. Sólo hay un Yatrakan. Le conozco bien, Keith. He sido derrotado por Yatrakan en infinidad de ocasiones.

—¿Seguro que hablamos de lo mismo? Un imaginario dios maligno del África Negra.

—¿Cree en Dios, Keith? Murphy encendió un cigarrillo. Exhaló una bocanada.

—Sí. Unos días más que otros.

—Correcto, Keith —sonrió Powell—. Así somos muchos creyentes. Y también cada uno de nosotros nos formamos una imagen de Dios. Yatrakan es la maldad, el odio, la violencia desatada... Un espíritu del Averno. Uno de los jefes de la corte infernal de Satanás. Le he visto actuar, Keith. Sembrar el caos y la guerra entre miembros de una familia, originar la más alucinante de las muertes a inocentes victimas... Yatrakan elige un brazo ejecutor. Y éste poseído por los espíritus del mal, obedece.

—¿Existe entonces la maldición de Yatrakan?

Las arrugas se acentuaron en el rostro de Stanley Powell. Empequeñeció los ojos.

—Yo he leído el Decálogo Infernal de Yatrakan. Fue escrito en un pergamino por el fundador de la secta en los Estados Unidos. En el pasado siglo. Escrito con sangre humana. En África. Transcrito de labios del Hechicero Sagrado. Un viejo inmortal que pasea el ídolo de Yatrakan por todos los lugares del Africa Negra.

Keith Murphy tragó saliva.

Muy a su pesar experimentó un escalofrío.

—No me ha concretado la maldición de Yatrakan.

—Está escrita en el Decálogo Infernal. No tengo conocimiento de caso alguno. Al menos aquí, en los Estados Unidos. La maldición debe ser pronunciada por el Hechicero Sagrado. Y la

infortunada criatura que recibe la maldición se convierte en bestia. Durante las noches de las eternas sombras, todas las noches son sombras para Yatrakan, se convertirá en chacal. Con colmillos y garras de bestia despedazará a sus víctimas. Saciado en sangre y muerte, retornará a su estado normal.

—Es..., es ridículo. Sólo por las simples palabras de un viejo...

—Y la pócima.

—¿La pócima?

—El bebedizo de la maldición. Un brebaje que sólo el Hechicero Sagrado puede preparar. Una pócima infernal que Hechicero Sagrado puede preparar. Una poción infernal que cualquier siervo de Yatrakan llevará a la víctima. No dude de mis palabras, Keith. La brujería y el satanismo, a través de los siglos, han ideado infinidad de potingues con poder sobrenatural. El bebedizo de la maldición es el más alucinante y horroroso de los sortilegios.

Murphy guardó silencio.

Rememorando la escena en el Snake de Nairobi. Ralph Weathers bebiendo con la bella bailarina negra. Saboreando el bebedizo infernal.

—¿Qué se puede hacer, Stanley? ¿Qué se puede hacer para contrarrestar ese mal?

—¿Se refiere al bebedizo? —el reverendo hizo una significativa mueca—. No hay antídoto. Yo, al menos, lo desconozco. Mis servicios como exorcista han sido requeridos en infinidad de ocasiones. He luchado contra el diablo y sus lacayos. Unas veces triunfador... otras derrotado.

—¿Conoce el emplazamiento de la secta de Yatrakan?

—¿En Harlem?

—Por supuesto. Harlem es África. Aquí está el vudú negro. Procedente de su lugar de origen. No el haitiano, sino el de Dahomey. Del corazón del África Negra. Aquí se celebran las espeluznantes orgías sexuales y sangrientas del MauMau... y aquí se venera a Yatrakan.

—¿Dónde, Stanley? ¿En qué lugar de Harlem?

—Los adoradores de Yatrakan celebran sus reuniones en el 133 de Tokar Road. Durante el día es un vulgar barracón de cartonaje. Por las noches..., por las noches se convierte en la antesala del Infierno. No le acompañaré a ese lugar, Keith.

Murphy sonrió.

—Iré solo, Stanley. Esta noche. ¿Hay algún cabecilla de la secta?

—Orson Sommer es el hechicero.

—¿También inmortal?

Stanley Powell movió la cabeza de un lado a otro. Lentamente.

—Le creía un hombre inteligente, Keith. Hace mal en burlarse de ciertas cosas. No, Orson Sommer no posee la inmortalidad del Hechicero Sagrado, pero sí ha recibido poderes infernales. Es un brujo muy temido en todo Harlem

—Me cuidaré de él —sonrió Murphy, incorporándose del sillón —. Gracias por todo, Stanley. Hasta pronto.

—Adiós, Keith... Hasta nunca.

La despedida del reverendo hizo borrar la sonrisa de Keith Murphy.

CAPITULO IX

Jason Bottoms desvió la mirada del cristal trasero del auto.

—¡Eh, Ralph! Juraría que ese auto nos sigue desde que abandonamos Manhattan. Cruzó el puente pegado a nuestras ruedas.

Weathers fijó sus ojos en el espejo retrovisor. Sonrió.

—Le despistaré.

—¿Quién puede ser? —inquirió Katherine.

—Algún policía —respondió Weathers, lanzando otra fugaz mirada a los lejanos faros del auto que parecía seguirles—. De seguro estoy sometido a vigilancia. Fui uno de los pocos que no pudo presentar coartada en la fiesta de ayer. Yo estaba solo.

Jason Bottoms rió en ruidosa carcajada.

—Yo sí presenté coartada. Le dije al teniente que estuve todo el tiempo muy ocupado con la señora Harrison. Pugnando por quitarle el cierre del maldito sujetador.

Todos rieron.

Katherine chasqueó la lengua.

—Pobre Sharon... Ayer, aproximadamente a estas horas; era brutalmente asesinada. Hoy hemos asistido a su entierro. Y aquí estamos ahora. ¡Celebrándolo!

—La vida sigue, muñeca —dijo Bottoms, besando los labios de la muchacha a la vez que introducía su mano izquierda bajo el sweater femenino -. Y por supuesto que vamos a celebrarlo. Sharon era alegre. Desde el infierno nos aplaude.

—Sharon era una zorra. Una gata en sempiterno celo.

—No eres justo, Ralph —protestó Patrick Hooper, que compartía con Weathers el asiento delantero—. Estás irritado porque la policía te somete a vigilancia. Al no presentar coartada es lógico que...

—Te equivocas —intervino Bottoms, sin cesar de manosear los senos de Katherine—. Yo presenté coartada y sin embargo la policía llegó esta mañana a mi casa. Preguntó por la garra de león comprada en Nairobi. Ralph tiene otra igual. La policía sospecha que pudo ser el arma homicida. Se dice que el cadáver de Sharon quedó convertido en pulpa.

—Por favor... Dejad eso ya.

—¡Oh, sí! —rió Edna, con marcada ironía—. Dejadlo. Nos lo pide Katherine. Recordad que fue su padre quien llevó a Sharon a la bodega. ¡Y no para enseñarle botellas!

Todos rieron.

A excepción de Katherine Sacks.

—Mi padre no...

—No te esfuerces en justificarle, Katherine —dijo Weathers, doblando ágil el volante hacia una comarcal—. Todos conocíamos a Sharon. Era una furcia. Le gustaba provocar a los hombres. Jóvenes o viejos. Poco le importaba.

Jason Bottoms volvió a besar los labios de Katherine. La mano izquierda sobre sus senos. Y llevó su diestra hacia los muslos de Edna.

—¡Dejemos en paz a los muertos! Hay que disfrutar de la vida; ¿verdad, nenas?

—¡Vas a sufrir un empacho, Jason! —rió Patrick Hooper, girando en el asiento y alargando sus manos—. ¡Yo me ocuparé de Edna!

Ralph Weathers, tras aquel veloz desvío, retornó nuevamente a la autopista. Al posar sus ojos en el espejo retrovisor esbozó una sonrisa. El posible seguidor había sido despistado. Recorridas un par de millas se adentró por la bifurcación de Schell Creek.

El camino se fue haciendo más inaccesible y dificultoso.

—¡Por todos los...! —vociferó Bottoms—. ¿Dónde nos tienes preparada esa descomunal sorpresa, Ralph? ¿En el infierno?

Weathers rió.

Divertido por el comentario.

—Ya estamos llegando, amigos.

Los faros del auto iluminaron los árboles que fantasmagóricos extendían sus ramas a lo largo de la sinuosa pendiente. Se divisó un cartel anunciador del Schell Hotel. Doscientas yardas más arriba una barrera y la advertencia de «prohibido el paso».

Ralph Weathers hizo caso omiso.

La barrera saltó destrozada por el auto.

—¡Maldita sea, Ralph! —gritó Patrick Hooper, alarmado—. ¿Te has vuelto loco? ¡Estamos en propiedad privada!

Weathers volvió a reír.

Ya se divisaba, entre las sombras de la noche, la silueta del Schell Hotel. Sobre la extensa planicie de la montaña. Cercada por frondosos árboles. Próxima al arroyo.

—Correcto, amigos —Ralph Weathers detuvo el auto frente a la casa—. Propiedad privada.

¡Propiedad de Ralph Weathers! Todos quedaron perplejos.

Fue Edna la primera en reaccionar abandonando el vehículo

—Es cierto, Ralph? ¿Has comprado el Schell Hotel?

Weathers avanzó para derribar a puntapiés el cartel donde se anunciaba la venta o alquiler del Schell Hotel.

—¡Es mío amigos! ¡Aquí celebraremos las más desenfrenadas fiestas! Sin rendir cuentas a nadie. Sin ser molestados

—Estás loco! rió Bottoms, caminando hacia entrada —Rematadamente loco! ¡Un hotel!

Patrick Hooper no parecía muy entusiasmado. Contemplaba el edificio con recelo.

Una casa de tres plantas. Con parking trasero. Porche a lo largo de la fachada principal y en los laterales de las terrazas del jardín.

—No me gusta. Es triste, viejo y demasiado distante de la ciudad —comentó Katherine, con un mohín—. Prefiero el bullicio.

Hooper miraba nerviosamente de un lado a otro.

—Yo lo encuentro lúgubre. Fantasmal. Y esta oscuridad.

Ralph Weathers había franqueado la puerta principal. Un ruidoso y estridente chirriar acompañó el deslizar de la puerta.

—Ha sido desconectada la electricidad, pero aquí a la entrada hay una lámpara de gas. La dejé esta misma mañana cuando inspeccioné la casa. Dadme unos fósforos.

Bottoms le tendió su encendedor de oro.

La lámpara de gas iluminó con potente resplandor el hall. Al fondo el mostrador de recepción y la escalera. A la izquierda el salón social de la planta baja. Lindante con el restaurante y la cocina.

—Seguidme, amigos —dijo Weathers, tomando la lámpara de gas—. Quiero enseñaros... El súbito portazo ahogó la voz de Weathers.

Seguido de los gritos de Katherine y Edna.

La puerta de la entrada se había cerrado ruidosamente. Ralph Weathers rió en burlona carcajada.

—¿Qué os ocurre? Ha sido una corriente de aire la que cerró la puerta. ¿Acaso tenéis miedo?

—No es miedo, Ralph —dijo Hooper—, pero reconoce con nosotros lo improcedente de venir hasta aquí. Es una buena sorpresa, aunque mejor hubiera sido a plena luz del día. Entonces se apreciaría lo bueno del lugar. Es más...; se habría preparado algo especial. Una inauguración por todo lo alto. Con todos nuestros amigos. Jerry, Tommy, Cynthia, Sandra... Todos nuestros amigos de confianza. Bebidas, algo de drogas y luego ocupar las habitaciones por parejas. Eso hubiera sido lo...

Patrick Hooper enmudeció. Sorprendido por la luz del final. Tras una cristalera.

—¿Qué..., qué es eso?

Weathers sonrió en enigmática mueca.

—El resto de los invitados, Patrick. Nos esperan en la cocina.

—¡Condenado seas! —rió Bottoms, avanzando a grandes zancadas—. Eres único, Ralph. ¿Quién está ahí? ¿Has invitado

también a Lauren? Tengo ganas de acostarme con Lauren.

—No conoces a mis invitados, Jason.

—¿Que no...?

Ralph Weathers abrió la puerta que conducía a la cocina. La amplia sala en la oscuridad.

La lámpara de gas proyectó su luz recortando el mobiliario. Dos longitudinales mesas, la cocina, los hornos, los frigoríficos y demás.

—¡Eh! —exclamó Edna, con temblorosa voz—. La..., la puerta se está cerrando sola... Weathers volvió a reír.

Depositó la lámpara de gas sobre una repisa para seguidamente apagar la llama. La más completa oscuridad se adueñó de la sala.

—¡No me gusta tu estúpido juego, Ralph! —gritó Hooper—. ¡Y te voy a...!

La primera antorcha surgió del fondo de la sala. Súbitamente. Como cegadora llamarada. Otra antorcha junto a la puerta. Y una tercera en el centro.

Tres antorchas.

Portadas por tres individuos.

—Estos son mis invitados —comentó Weathers, con satánica mueca—. Pronto seremos todos muy amigos.

Katherine y Edna gritaron al unísono.

Al resplandor de la primera de las antorchas.

El crepitar de las llamas iluminaba con fantasmal efecto al individuo. Un hombre de color. Totalmente desnudo. Con el cuerpo surcado de tatuajes. Brazos, tórax y muslos. Todo un muestrario de viscosas cicatrices en relieve.

El individuo situado junto a la puerta avanzó con ía antorcha en alto. Frisaba en los cuarenta años de edad. También negro y totalmente desnudo. Su cuerpo con tatuajes. Incluso sobre su rapada cabeza se dibujaba una serpenteante cicatriz marcadamente repulsiva.

El individuo se detuvo ante una de las largas mesas.

Con su propia antorcha encendió dos más. Situadas a ambos lados de un extraño ídolo. Un ídolo maligno.

Una demoníaca figura mitad hombre mitad chacal.

Una imagen que Bottoms, Hooper y las muchachas identificaron con el ídolo africano. Con el dios maligno Yatrakan.

Los otros dos individuos de color también habían encendido antorchas acopladas en la pared. La amplia cocina quedó iluminada con el crepitar de fantasmagóricas llamas.

Patrick Hooper fue el primero en reaccionar corriendo aterrado hacia la puerta. Ninguno de los negros le cerró el paso.

Conscientes de que no lograría salir.

—¡Está..., está cerrada! —gritó Hooper, con el rostro perlado de sudor—. ¡Nos han encerrado!

—¿Qué significa todo esto, Ralph? —masculló Jason Bottoms —. ¿Quiénes son estos negros? Weathers chasqueó la lengua a la vez que movía la cabeza de un lado a otro.

—Por favor, Jason... Un poco de respeto. Me consta que a nosotros los negros nos causan repugnancia, pero estamos ante tres fieles servidores de Yatrakan. Os presento a Orson Sommer, el gran brujo hechicero de la secta.

El individuo de la cabeza rapada hizo una leve inclinación. Su acartonado y seco rostro, con la piel materialmente pegada a los huesos, era cadavérico y siniestro. Los ojos muy hundidos. Como si sus cuencas estuvieran vacías.

—Estos son Robert Bronson y John Balwin —prosiguió Weathers—. Los brazos ejecutores. Son los encargados de ofrecer las víctimas en sacrificio a Yatrakan y de disfrutar de los...

La voz de Ralph Weathers se enronqueció bruscamente. Como un estertor.

Al querer hablar de nuevo sonó una especie de gruñido. El cuerpo de Weathers se dobló.

La transformación se inició ante los aterrados ojos de Bottoms, Hooper, Edna y Katherine. La orgía de horror, sangre y muerte comenzaba.

* * *

Las cicatrices de Robert Bronson se movían. Parecían tener vida propia. Tatuajes realizados según el método del Africa Negra. Basado en la cauterización y el corte, introduciendo cenizas vegetales en las llagas, produciendo así el relieve del signo dibujado previamente. Los tatuajes eran símbolos infernales.

Katherine ya no gritaba.

Su voz había quedado rota.

Tampoco ofrecía resistencia. Había sido brutalmente golpeada cuando intentó defenderse. Ahora soportaba las lascivas y violentas embestidas del individuo. Robert Bronson jadeaba sobre ella. Besándola, babeando sobre sus labios, aprisionando con salvajes caricias los senos femeninos.

Igual suerte corría Edna bajo la desenfrenada lujuria de John Balwin.

En cuanto a Jason Bottoms...

Bottoms había sido despedazado. Desgarrado por las zarpas y colmillos de Ralph Weathers. Su cuerpo quedó convertido en

jirones de sanguinolenta carne. Y cuando logró escapar de las garras de Weathers, gateando alucinado por el suelo, le esperaba Orson Sommer Con un descomunal cuchillo.

Un enorme cuchillo de cocina de ancha y larga hoja.

Los regueros de sangre dibujados por el desgarrado cuerpo de Bottoms se interrumpieron junto a Sommer.

El cuchillo se alzó.

Sujetado por dos negras manos.

Y salvajemente se abatió sobre la cabeza de Jason Bottoms. Una y otra vez. A izquierda y derecha. Blandiendo el cuchillo como si fuera una fusta. la cabeza de Bottoms se tambaleó apenas unida al ronco.

Orson Sommer la separó del tronco de un seco puntapié. No se detuvo.

Necesitaba más sangre, más violencia... Y el cuchillo se hundió repetidamente en el ya inerte cuerpo de Bottoms.

Hasta despedazarlo.

Patrick Hooper contemplaba aquella espeluznante escena desde uno de los rincones de la amplia cocina. Próximo a la puerta. Tenía las manos hinchadas y las uñas rotas de sus vanos intentos por derribar la puerta.

Desorbitó los ojos al ver como Ralph Weathers, ahora convertido en horrible bestia, se aproximaba con los colmillos aún goteando sangre. Con las garras igualmente teñidas con la sangre de Bottoms

—No..., no...

—Déjame a tu hermano blanco, maldito de Yatrakan —dijo Orson Sommer, con una sonrisa que deformó aún más sus esqueléticas facciones — yo me ocuparé de él.

Weathers se detuvo.

Su voz acompañada de escalofriantes gruñidos.

—Tuyo es...

Patrick Hooper se dejó caer de rodillas.

—Piedad..., piedad...

—Un hombre blanco de rodillas ante Sommer con el ensangrentado cuchillo en la diestra. Eso es digno de tener en cuenta. Sí... tal vez me sienta generoso. Avanza hacia mí, perro. De rodillas,

¡suplicando piedad! Hooper asintió.

Moviendo repetidamente la cabeza.

Avanzó de rodillas hacia Sommer. Con el rostro desencajado. El terror le había hecho defecar.

—Piedad... No quiero morir... Estaba ante Orson Sommer.

—Apestas, blanco. Y eso es propio de los negros, ¿verdad?

—Piedad...

—De acuerdo. Voy a dejarte marchar. Serás el único que escape con vida. El rostro de Hooper se iluminó esperanzado.

Una fracción de segundo.

Abrió la boca para murmurar palabras de agradecimiento, pero ninguna llegó a sonar.

Orson Sommer, en violento y rápido movimiento, le había introducido el cuchillo en la boca. Hasta la empuñadura. Desgarrándole la comisura de los labios. Clavando la hoja hasta que asomó por la nuca.

Los alucinados ojos de Patrick Hooper, ya con la visión en el Más Allá, aún mantenían aquel brillo de esperanza nacido de la falsa promesa de salvación.

Robert Bronson ya había culminado su brutal violación.

Katherine yacía inmóvil sobre la mesa. A poca distancia del satánico ídolo de Yatrakan.

--¡Acaba con ella! —ordenó Sommer, tendiendo el cuchillo a su compañero—, ¡Desgarra sus entrañas! ¡Que la sangre salpique el ídolo de Yatrakan!

Aquella palabras hicieron reaccionar a Katherine. Intentó incorporarse, pero los golpes recibidos le restaron agilidad. Robert Bronson fue más rápido. Le hundió el cuchillo en la garganta. La afilada hoja abrió surco por entre los pechos femeninos hasta llegar al vientre.

Y allí profundizó dibujando espeluznante boquete. Sí.

La sangre de Katherine salpicó el maligno ídolo.

Orson Sommer reía como un poseso. También Bronson al hurgar con sus manos en los intestinos de Katherine.

—¡Gritos! ¡Alaridos de dolor! ¡Gritos de dolor en honor a Yatrakan! —vociferó Sommer—.

¡John! ¡Aquí, John!

Orson Sommer se había apoderado de un horno circular eléctrico. Portátil.

De esfera transparente.

Accionó la palanca del encendido a la vez que levan taba la compuerta. Depositó el horno sobre la mesa donde yacía Edna.

John Balwin había comprendido la idea.

Con facilidad dominó la resistencia de Edna introduciendo su cabeza en el ya incandescente horno. Bajó la compuerta. Presionándola contra el cuello de la muchacha. El cruel espectáculo pudo ser presenciado a través del vidrio térmico.

Primero los cabellos de Edna. Entraron de inmediato en combustión. Las cejas comenzaron a chamuscarse. Su rostro desencajado en indescriptible mueca de terror. Enloquecida por el

dolor. Sus alaridos eran audibles pese a la esfera.

Coreados por las diabólicas carcajadas de los tres negros. Y los gruñidos de Ralph Weathers.

Endemoniados por la escena no se percataron de los pasos que resonaban con fuerza. Ni del brusco abrir de la puerta que daba acceso a la cocina.

Sí escucharon el disparo.

Keith Murphy, bajo el umbral, quedó momentáneamente paralizado por todo el horror que se presentaba ante sus ojos. Fue el macabro bracear de Edna, ya en espasmos convulsivos, lo que hizo reaccionar a

Murphy. Apretó el gatillo del revólver empuñado por su diestra. Certeramente.

John Balwin recibió el proyectil entre ceja y ceja.

Robert Bronson intentó lanzar el cuchillo contra el intruso, pero una segunda detonación interrumpió su ademán. También recibió la bala en la cabeza,

Orson Sommer alzó las manos. Sonriente.

—¿Quién eres? No... Ya lo. sé... Puedo leer en tu mente.

— ¿De veras? “dijo Murphy, fríamente—. Entonces ya sabes que te quedan instantes de vida. Voy a enviarte al infierno.

Los ojos de Sommer, hundidos en aquel ajado rostro, se iluminaron satánicos.

—No... Tú no harás eso... Vas a soltar el revólver, Murphy. Lo soltarás porque yo te lo ordeno. El poder de mi mente es sobrenatural. Poder proporcionado por el gran Yatrakan. Yo soy el gran brujo... Esa puerta que tú tan fácilmente has abierto, hice creer que estaba cerrada y nadie de aquí logró franquearla. Ahora yo te ordeno que sueltes el revólver.

Y Keith Murphy obedeció. Como un autómata.

Orson Sommer rió en desaforada carcajada precipitándose hacia el caído cuchillo.

—Quieto, Orson —gruñó Weathers, con su infrahumana voz —. Ahora es tu turno.

—¿Mi turno?

En el monstruoso rostro de Ralph Weathers pareció esbozarse una sonrisa.

—Sí... ¿Por qué crees que te he buscado? ¿Para proporcionarte víctimas? Yo soy la maldición de Yatrakan.

Odio, violencia., muerte... Tú también, Orson. Su gran brujo. También tú..., tú... Ralph Weathers se llevó ambas manos a la cabeza.

Se agitó dominado por espasmos.

—¡Renegado de Yatrakan! —rió Orson Sommer, alzando el

cuchillo—. El sacrificio sangriento a Yatrakan ha terminado y tú vuelves a ser un despreciable hombre blanco... ¡y yo terminaré contigo!

Keith Murphy, libre del poder psíquico del brujo, tomó nuevamente el revólver. Apretó el gatillo. Orson Sommer se desplomó con un balazo en la nuca.

Y al instante todas las antorchas de la sala se eclipsaron. Todo quedó envuelto en la oscuridad.

Como si toda la iluminación hubiera sido originada por una ilusión óptica proporcionada por el infernal poder del brujo de Yatrakan.

CAPITULO X

La palidez de Martha Weathers era cadavérica.

Se esforzaba en mantener una serenidad que estaba muy lejos de sentir.

—Todo cuanto nos ha contado es espantoso, señor Murphy; pero está equivocado. Mi hijo Ralph no ha salido de la casa en toda la noche. ¿No es cierto, Donald?

Donald Weathers no respondió. Continuó con la cabeza inclinada.

—Sospecho que no ha comprendido mis palabras, señora Weathers. Todo cuanto le he dicho es cierto. Por irreal que parezca. Yo seguí a su hijo y a sus acompañantes. Me despistaron, pero logré dar con ellos. En el Schell Hotel. Bottoms, Hooper, Katherine y Edna han muerto horriblemente. Ofrecidos en sacrificio a Yatrakan. Su hijo...

—Mi hijo no salió de aquí en toda la noche. Está ahora en su habitación.

—Lo supongo. Escapó en la oscuridad. Desde la autopista pude telefonear a la policía y dar cuenta de lo ocurrido. Yo no esperé en el Schell Hotel. Temía que Ralph cometiera algún otro crimen.

—¿No comentó con la policía el nombre de mi hijo?

—No había tiempo para explicaciones, señora Weathers. Sólo comuniqué que acudieran al Schell Hotel. Si Ralph está aquí, llamaré al teniente Plumer y permaneceré hasta que se hagan cargo de él. Martha denegó con nervioso movimiento de cabeza.

-—Mi..., mi Ralph es inocente. No salió de casa. ¡Y no le permitiré que llame a la policía!

—Lo haré desde cualquier cabina pública, señora Weathers. Murphy giró sobre sus talones.

Ya junto a la puerta del salón sonó la voz de Martha.

—Señor Murphy... Keith Murphy se volvió.

Enfrentándose con la pequeña pistola que empuñaba la señora Weathers.

—Martha...

—¿No lo comprendes, Donald? ¡Es nuestro hijo! ¡Nadie debe hacerle daño! Es es... mi Ralph...

— Se ha convertido en un monstruo, querida. Tú y yo lo sabemos desde un principio... cuando él mismo descubrió su cama repleta de pelo..., cuando horrorizado rasgó en el armario con sus zarpas... Ralph sufre más que nosotros, Martha. Debe ser sometido a...

—¿A qué, Donald? ¡No hay salvación para Ralph! —sollozó la mujer--. Sería internado en un manicomio. Encadenado día y noche por si sufría la transformación... ¡Yo no puedo soportar eso!

—Dame la pistola, Martha.

—No..., no, Donald... Defenderé a Ralph... Es mi..., mi... Donald Weathers le arrebató la pistola.

Fijó sus ojos en Murphy. Estaba llorando.

—Espere aquí, señor Murphy. Voy a llamar a Ralph. Avise mientras tanto al teniente Plumer. Donald Weathers subió lentamente la escalera.

Keith Murphy acudió hacia el teléfono depositado sobre uno de los muebles. Mientras discaba el número en el dial, la señora Weathers se dejó caer en el sofá sollozando desesperada.

Murphy no terminó de marcar el número.

Una pequeña detonación le hizo soltar el auricular y correr hacia escalera. Llegó ante la abierta puerta del corredor.

Ralph Weathers yacía de bruces en el suelo. A su lado Donald Weathers. Y entre ellos la pistola con el cañón todavía humeante.

Donald Weathers alzó sus llorosos ojos hacia Murphy.

—Al..., al comunicarle que iba a ser detenido se abalanzó sobre mí... No pude evitar... El arma se disparó al forcejear... Tal vez haya sido mejor así, ¿verdad?

Keith Murphy asintió.

Con lento movimiento de cabeza.

—Sí, señor Weathers. Ha sido mejor así.

* * *

Keith Murphy pulsó el llamador. Tres veces consecutivas. Pausa. Tres veces más prolongando la última llamada.

Encendió un cigarrillo.

Cuando exhalaba la tercera bocanada de humo se abrió la puerta.

Pamela, aún con síntomas de haber sido despertada, apareció con el rostro radiante de belleza. Sonrió feliz.

—Keith...

—Buenas noches... No, buenos días. Está amaneciendo. No son horas de...

—Pasa, Keith. ¿Te ocurre algo?

Murphy penetró en el apartamento rodeando los hombros femeninos.

—No... Sólo un poco cansado. Vengo ahora mismo del Departamento de Homicidios. Les he dejado con mucho trabajo, pero no quiero hablar de ello. Ha sido una noche alucinante.

Violencia, sangre, muerte... No sabía dónde ir... Bueno, sí sabía dónde encontrar paz y amor. Sólo un lugar en toda la jungla de Nueva York.

Y aquí estoy.

—Y yo te recibo con amor, Keith. Con todo mi amor. Pamela se aupó para ser besada en los labios.

—¿Puedo quedarme, Pamela?

—Demasiado sabes que sí.

--No me refiero a hoy, Pamela. Quiero quedarme contigo. Hoy, mañana..., siempre. La muchacha sonrió.

Con los ojos radiantes de felicidad.

—De acuerdo, Keith. Y sin condiciones.

—Sí las hay, Pamela. Cuando regreses de tus clases en Harlem te estaré esperando para ir juntos a por una licencia de matrimonio.

—Hoy es domingo, Keith. Y los domingos no hay clases. Ni tan siquiera en Harlem. Murphy sacudió la cabeza.

—Estoy..., estoy un poco aturdido...

—Acuéstate, Keith. Necesitas descanso.

Avanzaron hacia el dormitorio.

Murphy se abrazó con más fuerza a la joven.

—Domingo...

—Sí, Keith. Podemos estar juntos...

—Empieza un día maravilloso, Pamela... Un día inolvidable... Sí.

Aquel día quedaría marcado en la vida de Keith Murphy. Tampoco olvidaría la noche en el Schell Hotel.

FIN